

## Variabilidad textil durante el período intermedio tardío en el Valle de Quillagua: una aproximación de la etnicidad

CAROLINA AGÜERO\*, MAURICIO URIBE\*\*, PATRICIA AYALA\* Y BÁRBARA CASES\*<sup>1</sup>

### RESUMEN

El desarrollo de investigaciones en los cementerios de Quillagua nos permite ofrecer interpretaciones acerca del desarrollo histórico-cultural del valle durante el Período Intermedio Tardío (900-1450 DC), así como también sobre el problema étnico planteado por la presencia de diferentes grupos culturales representados por indicadores textiles y alfareros. En relación con este problema, se afirma que el valle fue ocupado y dominado por poblaciones de Atacama que utilizaron los cementerios Oriente (02QUI01) y Poniente (02QUI03) y su principal aldea (La Capilla). Basándonos en una secuencia construida a partir de la alfarería, se establecieron diferentes etapas de ocupación en ambos cementerios, identificándose: (1) una inicial correspondiente a la Fase Yaye (900-1100 DC); (2) otra asignada a la Fase Solor (1100-1300 DC) y; (3) una posterior que asignamos a la Fase Turi (1390-1450 DC). Es durante la segunda fase cuando se registra la intrusión de poblaciones de Tarapacá evidenciada por cerámica y textiles propios del oasis de Pica. Estos alcanzan una presencia significativa en el cementerio Oriente, donde observamos una *situación de etnicidad*, ya que para negociar la penetración tarapaqueña, la población de Atacama —que utilizaba desde épocas anteriores el cementerio Poniente— se traslada a enterrarse allí, desarrollando estrategias materiales —representadas por una gran variabilidad textil y cierto compor-

tamiento alfarero— en un espacio simbólico, con lo cual se observa un *hiato* en la ocupación del Poniente desde el 1070 al 1390 DC. A fines de esta fase, Tarapacá abandona el oasis, y con ello, el Oriente deja de ser utilizado, por lo que inferimos el éxito de la estrategia practicada por Atacama con la cual logró reforzar su identidad cultural, volviendo a ocupar con total predominio y hasta tiempos tardíos el cementerio Poniente, integrando en su patrón cultural elementos de las tierras altas que tienen su origen en el Noroeste Argentino. Este momento final lo asignamos a la Fase Turi.

### ABSTRACT

Research of cemeteries of Quillagua oasis has yielded interpretations about the cultural historical development of this valley during the Late Intermediate Period (900-1450 DC) and of the ethnic problem raised by the presence of different cultural groups -represented by textile and pottery indicators. Regarding this problem, it is asserted that the valley was occupied and dominated by populations from Atacama who used the cemeteries Oriente (02QUI01) and Poniente (02QUI03) and its larger village (La Capilla). Based on a sequence built upon pottery, different occupational stages were established in both cemeteries: (1) the initial, corresponding to Yaye Phase (900-1100 AD); (2) an intermediate, assigned to Solor Phase (1100-1300 AD); and (3) the latest, assigned to Turi Phase (1390-1450 AD). It is during the second phase that an intrusion of tarapacá populations is made evident by ceramic and textiles of the Pica oasis. These materials reach an important presence in the Oriente cemetery, where we observe an *ethnicity situation*, because, in order to negotiate the Tarapacá penetration, the Atacama population who used the Poniente cemetery from previous periods moves to the former to get buried, developing material strategies -represented by a wide textile

\* Museo Arqueológico de Santiago, Lastarria 307, Santiago.

\*\* Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago.

<sup>1</sup> Proyecto Fondecyt 1950071.

variability and a certain behaviour of pottery in a symbolic space, so that a *hiatus* is observed in the occupation of the Poniente cemetery between 1070 and 1390 AD. At the end of this phase, Tarapacá leaves the oasis and with it, the occupation of the Oriente cemetery comes to an end; from these facts we infer the success of the strategy performed by Atacama, with which they reinforced their cultural identity, thus occupying again with total predominance and until later times the Poniente cemetery, integrating in its cultural pattern elements from highlands which were originated in the NOA. We have assigned this final moment to Turi Phase.

## Introducción

En el curso inferior del río Loa, a 70 km de su desembocadura, nos encontramos con el oasis de Quillagua, donde la caja del río se abre dejando a sus lados amplias terrazas naturales que rompen la monocromía del desierto de Atacama con el color verde de su inesperada vegetación (Fig. 1). Actualmente, allí se arraigan algarrobos y chañares que dan sombra a cultivos de alfalfa, útiles para la alimentación de un escaso número de ovejas y llamas que mantiene una también escasa población local. El abandono en que se encuentra en este momento el valle, contrasta con la idea que nos hacemos luego de observar la profusión de sitios arqueológicos cuya cronología mantiene una continuidad desde el Período Formativo al Tardío (Gallardo *et al.*, 1993), y cuyos depósitos muestran una variedad de elementos tanto locales como otros que vinculan a Quillagua

con ámbitos costeros y del interior. Así, la densidad de las ocupaciones arqueológicas y la información otorgada por las fuentes documentales nos muestran que en la prehistoria, Quillagua constituyó un espacio apetecido, lo mismo que en el pasado histórico (Odone, 1993 Ms.).

En los momentos iniciales de nuestro interés por su prehistoria, nos dimos cuenta que las investigaciones arqueológicas realizadas hasta ese entonces, coincidían en describir a este segmento del Loa Inferior, como un área marginal en relación con los desarrollos culturales del Norte Grande de Chile: Arica, Pica-Tarapacá y Loa-San Pedro (Cervellino y Téllez, 1980; Moragas, 1995; Núñez, 1965, 1968). Aunque, al mismo tiempo, se percibía un importante detalle, esto es, que durante el Período Intermedio Tardío (900-1450 DC), en ella habrían coexistido los grupos humanos vinculados a las distintas tradiciones culturales de esos territorios, definiendo así un área de frontera en cuanto un espacio favorable para el contacto, intercambio y la expresión étnica.<sup>2</sup> Hasta el momento, éstas tradiciones estaban representadas y caracterizadas fundamentalmente por el material cerámico recuperado en los sitios funerarios dados a conocer por Latcham (1933, 1938): Oriente (02QUI01) y Oriente Alto (02QUI02), situados en el margen Este del río Loa, y Poniente (02QUI03), en la banda opuesta, así como de la aldea asociada a este último, conocida como La Capilla (Fig. 2). Si bien este autor tiene el mérito de haber identificado por primera vez en los cementerios situados al Oriente del Loa evidencias materiales propias de la región tarapaqueña, y en el Poniente y la aldea La Capilla aquellas vistas en territorio de Atacama, Núñez lo confirma con datos bien fundados (1965, 1968).

Nosotros pensamos que otros restos materiales abundantes en estos cementerios, como por ejemplo los textiles, también podían manifestar esta posible coexistencia, lo cual nos planteó a Quillagua como un área fértil para abordar el problema de las identidades culturales a través de un estudio experimental. De este modo, partiendo del supuesto que dice que si los tejidos actualmente son utilizados por poblaciones andinas como un medio de autoidentificación grupal en momentos de contacto cultural, probablemente también podrían servir para detectar estas situaciones de etnicidad en los contextos arqueológicos como los del Intermedio Tardío (Femenías, 1995 Ms.; Murra, 1975; Oakland, 1992). En todo caso, la idea era no sólo poder detectar dichas identidades, ya que ésto sólo sustentaría la validez del textil como indicador, sino también: a) entender la dinámica

2 Según los datos recopilados por Odone (1993 Ms.) el territorio de Tarapacá se extendería desde la Quebrada de Camarones por el norte hasta la desembocadura del río Loa por el sur, y tanto en tiempos coloniales como prehistóricos se habría caracterizado por constituir un espacio en el que se desarrolló el tráfico vinculado a encuentros multiétnicos entre las poblaciones locales y otras procedentes de Arica, Atacama y, principalmente, Altiplano de Bolivia. Por su parte, el territorio de Atacama, tal como se conoce desde una perspectiva étnica, geográficamente abarcaría la cuenca del Loa, los oasis del Salar de Atacama y la puna de Jujuy (Boman, 1908; Tarragó, 1989).

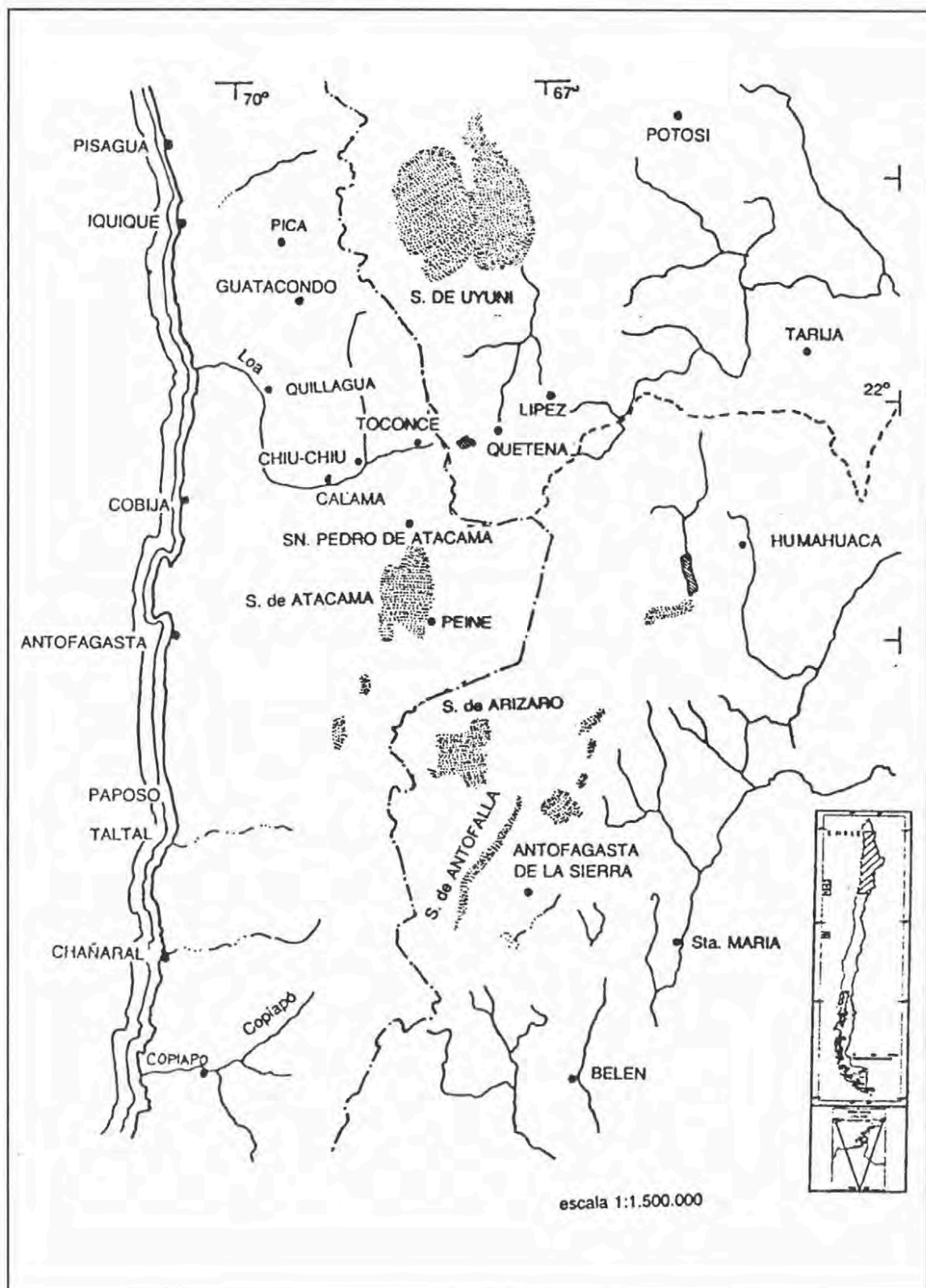


Fig. 1. Mapa del área circumpuneña con su vertiente occidental, en donde Quillagua se localiza en el curso inferior del río Loa (tomado de: Schiappacasse et al., 1989).

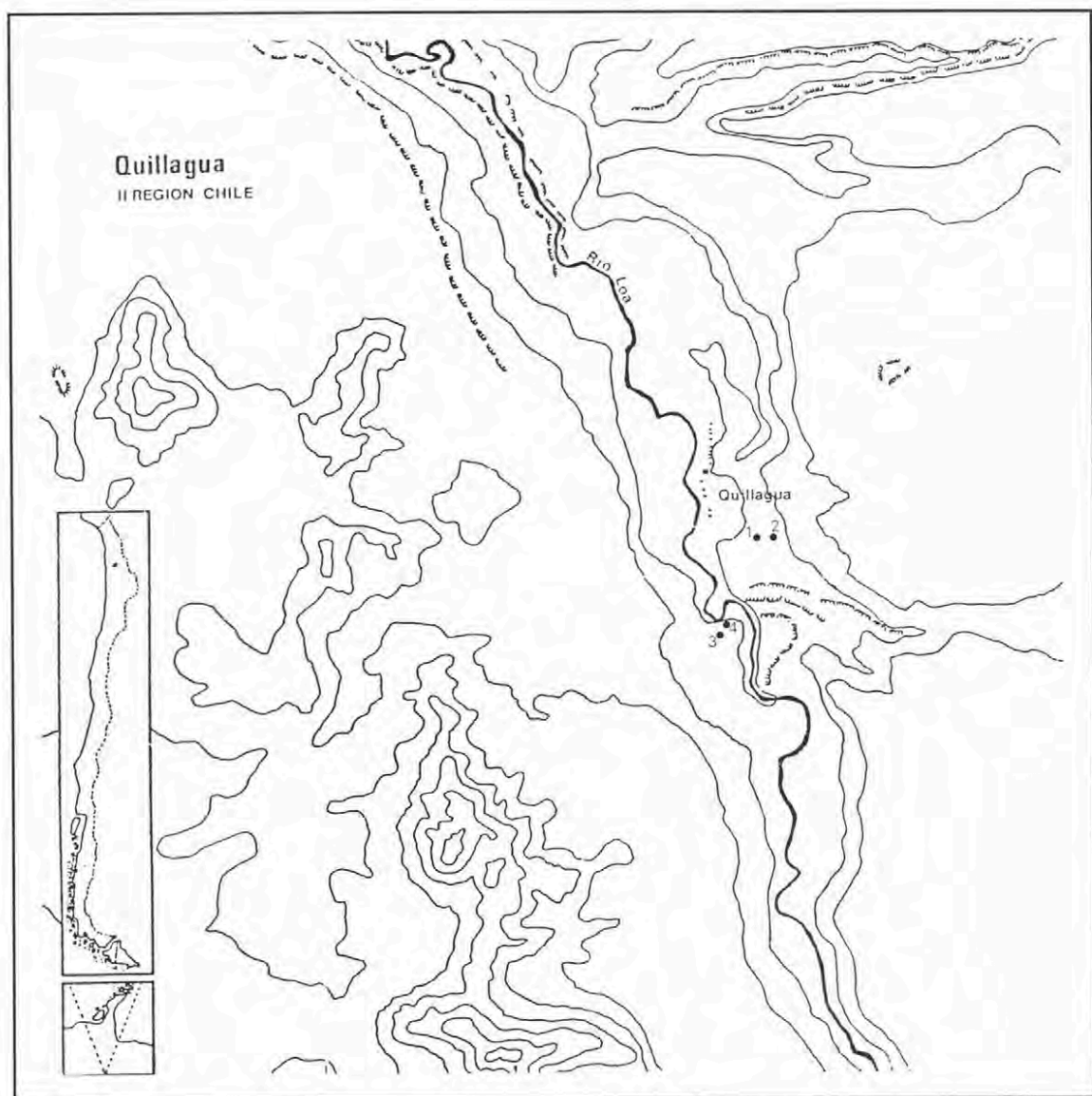


Fig. 2. Ubicación de los sitios: 1) cementerio Oriente, 2) cementerio Oriente Alto, 3) cementerio Poniente, y 4) aldea La Capilla, en la localidad de Quillagua.

diacrónica de estos encuentros y relaciones intergrupales dentro de un marco más amplio, que considerara b) una explicación para el comportamiento de Quillagua como zona de frontera entre los territorios y tradiciones culturales de Tara-pacá y Atacama, las que tienen una importante representación en la localidad, y de las cuales, la segunda tiene un desarrollo continuo que se remonta por lo menos al Formativo (Le Paige, 1964; Orellana, 1968;

Schiappacasse *et al.*, 1989; Tarragó, 1989).

Así, el problema que nos planteábamos no dejaba de imponernos desafíos, por ejemplo, tener que excavar y recuperar registros válidos de sitios sumamente saqueados como los mencionados cementerios de Quillagua y, lograr conocer el comportamiento textil inédito de las áreas en donde se adscribirían las supuestas tradiciones que habríamos de detectar, luego dentro la localidad y, por último, al interior de

los propios sitios.<sup>3</sup> Por consiguiente, decidimos enfrentar el problema por medio de dos frentes de acción, por una parte, considerando el estudio de colecciones de referencia de las regiones culturales representadas en los sitios, y por otra, los indicadores históricos-culturales derivados de la alfarería.<sup>4</sup>

El texto que presentamos a continuación representa, a nuestro juicio, el resultado satisfactorio logrado luego de haber salvado los obstáculos mencionados, para acercarnos desde la arqueología al problema de la etnicidad, la que concluimos considerando: una manifestación material de prácticas que parecen ser la reacción al encuentro de poblaciones culturalmente distintas, de efectos tan profundos que son simbólicamente expresadas, como ocurre en los cementerios de Quillagua, lugares altamente ceremoniales debido a su relación con la muerte (Cfr. Pyszczyk, 1987).

### Los cementerios atacameños: del particularismo a la unidad cultural

Puesto que nuestro problema se desenvuelve en el ámbito de lo funerario, previo a la presentación de los trabajos realizados en los cementerios Oriente y Poniente, y a la descripción de las tumbas intactas recuperadas en cada uno de ellos, entregaremos una

caracterización de esta clase de sitios y de las prácticas funerarias conocidas para el Período Intermedio Tardío en la cuenca del Loa y Salar de Atacama, con el fin de comprender las costumbres mortuorias de sus antiguos habitantes. En general, se pueden distinguir diferentes tipos de tumbas dentro del ámbito atacameño, e incluso en las mismas localidades y sitios, seguramente debido a las características del lugar, pero también a decisiones culturales, relacionándose más bien unas con otras, fundamentalmente, por la clase de ofrendas depositadas.

Como dijimos, el estudio de la ubicación espacial de los sitios funerarios y el análisis de los tipos de tumbas dio como resultado, a primera vista, un panorama bastante heterogéneo. Sin embargo, dentro de esta diversidad de lugares, formas y maneras de elaborar las sepulturas, se identificaron ciertas recurrencias que caracterizan el tratamiento de los muertos en Atacama durante el Intermedio Tardío. De esta manera, la mayoría de los cementerios, mientras la geografía lo permitiera, se emplazaron en sectores de pendiente próximos a los sitios habitacionales, desde donde pueden ser observados o tener un fácil acceso a ellos. En las tumbas, los muertos fueron dispuestos en forma individual o colectiva, sentados en posición fetal y sin una orientación determinada. En cuanto a los depósitos elegidos para enterrarlos, a partir de las descripciones entregadas por distintos autores (entre otros: Boman, 1908; Barón, 1979; Le Paige, 1957-58, 1964; Mostny, 1956; Núñez, 1965, 1971; Spahni, 1963, 1964a, 1964b, 1967), se distinguieron dos tipos básicos de tumbas: aéreas y subterráneas.

De ellas, consideramos a las segundas como propias de Atacama, ya que las primeras o aéreas fueron identificadas casi exclusivamente en las tierras altas del Loa Superior<sup>5</sup>, por lo cual pensamos que son el resultado de los fuertes vínculos existentes entre esta región y el colindante altiplano boliviano debido a su semejanza formal—aunque no necesariamente funcional—, con otras construcciones comunes a ambos lados de la cordillera que son conocidas como *chullpa* (Aldunate y Castro, 1981). Ahora bien, en contraposición con las del tipo subterráneo y a las *chullpa*, las sepulturas del Loa que insertamos en el tipo "aérea", están en una situación intermedia, emplazándose sobre el piso y/o bajo aleros rocosos. De este modo, dentro de dicho tipo se distinguieron: a) tumbas de piedra construidas al amparo de aleros o rocas con muro de contención y vano, en algunos casos, asociadas a pequeñas plataformas, características de las localidades de Toconce,

3 Se excavaron 26 unidades en los cementerios Oriente Alto y Bajo, y 30 en el Poniente, de las que se obtuvo material disturbado y 4 contextos intactos.

4 Se revisaron las siguientes colecciones: Chiuchú (excavada por Núñez y Dauelsberg en 1963, Museo Arqueológico San Miguel de Azapa); Topater, Lasana y Dupont (Museo Regional de Calama); Chacance-1 (Museo Municipal de María Elena); Pica-8, Caleta Huelén 2, 4, 12 y 33 y Lasana (Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta); Pisagua (colección Uhle, Museo Nacional de Historia Natural); Calama, Tchapunaqui, Solor-3, Quitor 1, Solcor 3, Coyo Oriente, Solor-4 (Museo G. Le Paige, San Pedro de Atacama), y Doncellas (Museo Etnográfico Ambrosetti, Buenos Aires).

5 Sin embargo, esta apreciación no es excluyente, ya que, hemos visto tumbas muy parecidas a las aquí consideradas aéreas, en sitios del Salar de Atacama como Catarpe, pero que por ahora dejamos fuera, pues carecemos de registros más detallados.

Caspana y presentes en los alrededores del sitio Pucara de Turi, y b) sepulturas muy semejantes a las anteriores, pero donde grandes bloques de piedra forman parte de una estructura abovedada con vanos como ocurre en el cementerio de Los Abuelos de Caspana.

Por su parte, entre las sepulturas subterráneas también se identificaron distintas formas y modos de elaboración, distinguiéndose: a) aquellas construidas sin piedras ni adobes que se caracterizan por presentar variadas formas, entre las que hay ampollares, cilíndricas, en forma de bota y fosas sin una morfología determinada, pudiendo incluso aparecer en contextos habitacionales (p.e., Pucara de Lasana en el Loa Medio y Pucara de Quitar en San Pedro de Atacama). Estas sepulturas se identificaron en los cementerios de Chiuchiu, Dupont y Chacance en el Loa Medio; en el Oriente y Poniente de Quillagua en el Loa Inferior; en Caleta Huelén 2, 4, 8, 12 y 33 en la desembocadura del Loa, y en Yaye y Solor-3 de San Pedro de Atacama. Considerando que varias dataciones de algunos de estos sitios se insertan en los momentos más tempranos del Intermedio Tardío, sugerimos a modo de hipótesis que estas tumbas podrían corresponder a las primeras manifestaciones mortuorias del período, aunque es probable que sus características se mantengan vigentes hasta antes de la llegada de los españoles como lo demuestran las fechas tardías del cementerio Poniente.<sup>6</sup> En segundo lugar, tenemos b) a las sepulturas subterráneas construidas con piedra, que se distribuyen en las localidades de los cursos medio y superior del río Loa. Se trata de cámaras de forma rectangular, cuadrangular, circular, oval, trapezoidal, triangular, y otras de morfología irregular, descritas para los cementerios del Pucara de Turi, Turi 2 o Los Círculos, del Pucara de Lasana, de Los Antiguos de esta misma localidad (donde la piedra es reemplazada por el adobe), y con menor seguridad, para algunos sitios de la boca del Loa. Cabe mencionar, sin embargo, que se observan

ciertas particularidades, como por ejemplo, que en las quebradas altas se construyeron vanos al interior de las cámaras funerarias (Turi 2) y nichos en el Loa Medio (Los Antiguos de Lasana), posiblemente utilizados para guardar ciertas ofrendas. La asociación de estos cementerios a sitios habitacionales característicos de las fases más clásicas y tardías, como Turi II en el Loa Superior (1300-1450 DC), nos hacen pensar que fueron ocupados durante esos momentos del Intermedio Tardío (Aldunate 1993). También es probable que la adición de estructuras en las tumbas subterráneas tenga relación con las mencionadas influencias altiplánicas que se introducen en las tierras altas de la región del Loa, sobretodo a partir del 1300 DC, es decir, en los momentos más clásicos del período (Uribe, 1996).

Por último, tenemos el caso de sepulturas de niños en urnas de cerámica, enterradas tanto en contextos habitacionales como en cementerios. Estos entierros son considerados característicos de los sitios tardíos de San Pedro de Atacama, sin embargo, también los hemos detectado en Chacance-1 en el Loa Medio, lo que amplía su distribución. Ahora bien, estas urnas por el hecho de ser enterradas, las hemos considerado parte de las subterráneas y, dentro de ellas, de las que implican un aislamiento del terreno físico aunque cambiando la piedra o el adobe por la cerámica. Con esto, sin desconocer la heterogeneidad representada por la enorme variedad de maneras de depositar a los muertos durante el Intermedio Tardío en el territorio atacameño —lo cual a primera vista puede ser interpretado como una falta de unidad cultural que privilegia los particularismos locales, se nos insinúa una intención generalizada y creciente por aislar a los muertos del contacto directo con la tierra.

Es así como, la práctica que caracterizaría los primeros momentos del Intermedio Tardío, es decir, la inhumación subterránea y directa, daría paso a la intención que sugerimos arriba —probablemente apoyada en los contactos altiplánicos del Loa Superior—, cuya máxima expresión serían las sepulturas aéreas, pasando por situaciones intermedias como las que implican los entierros en urnas o bien en cámaras preparadas. Lo anterior, estaría señalando la existencia de una unidad cultural que va tomando el carácter de identidad si consideramos que las ofrendas a los muertos son casi las mismas desde el río Loa al Salar de Atacama, pasándose así de la homogeneidad conceptual a la material.

En este sentido, el ajuar funerario evidencia una homogeneidad en el tipo de artefactos ofrendados

6 Cementerio Oriente: 980 DC (UCTL 733), 1005 DC (UCTL 734), 1055 DC (UCTL 735), 1110 DC (UCTL 736); cementerio Poniente: 980 DC (UCTL 818), 1015(110), 1070 DC (UCTL 817: 925(100), 1395 DC (UCTL 820: 600(60), 1480 DC (UCTL 819: 515(40); Chacance-1: 745 DC (UCTL 815: 1250(130), 825 DC.

con menores particularismos locales que la morfología de las tumbas, reduciendo de este modo la heterogeneidad representada por aquellas. Los elementos más recurrentes de las ofrendas son la cerámica del componente Loa-San Pedro, compuesta por escudillas, ollas y/o cántaros, así como algunas piezas miniatura, y los tejidos del ajuar, representados casi exclusivamente por camisas o túnicas, incorporándose en forma ocasional bolsas usadas para el transporte de carga. A ellos, se suelen unir la industria en madera, especialmente los objetos que integran el complejo alucinógeno derivado del Período Medio, compuesto por tabletas decoradas, en general, volumétricamente, tubos y espátulas —que también pueden ser de hueso—, espinas de cactus, bolsas de cuero, cajitas y receptáculos de cerámica o concha, porta-plumas, junto a los artefactos —también de madera—, asociados a prácticas agrícolas entre los que se cuentan cuchillos-*tajne*, palos cavadores y palas. Otros objetos que acompañan a los difuntos, aunque con menor frecuencia, son los cestos y calabazas pirograbadas que, en el caso de los primeros, contienen vegetales como maíz, vainas de algarrobo y chañar, con los cuales se han depositado, entre otros, restos de camélidos, pescado seco, huesos de pájaros y plumas. Por último, tampoco es extraño que se ofrenden adornos de metal y collares de minerales, flautas de pan o sicus, o alfarería foránea de las regiones colindantes.

Aún cuando no contamos con una estimación cuantitativa de lo enumerado anteriormente (p.e.: frecuencia de objetos y asociaciones de éstos por individuos enterrados), todo ello nos indica prácticas propias y ampliamente conocidas de los antiguos habitantes del desierto atacameño como son una economía mixta basada en la agricultura y la ganadería, el intercambio caravanero y el consumo de alucinógenos.

En Quillagua, es en el ajuar y no en el tipo de tumbas donde se comienzan a percibir situaciones de etnicidad, específicamente en una sepultura del cementerio Oriente (Fig. 3), transgrediéndose así lo más típico de las costumbres mortuorias detectadas para Atacama. En los sitios estudiados nos encontramos con los característicos enterramientos subterráneos, sin mayor preparación, emplazados sobre un terreno inclinado, pero en el Oriente, las ofrendas funerarias asignadas como atacameñas son excluidas del ajuar casi en su totalidad. De este modo, se introducen dentro de un espacio geográficamente atacameño, elementos simbólicos propios de la región de Tarapacá, como es el caso de las botellas

Pica-Charcollo (Ayala y Uribe, 1996), depositadas junto a dos de los cuerpos. Esta intrusión se ve apoyada por la casi completa ausencia de alfarería del componente Loa-San Pedro, con la excepción de unos pocos fragmentos cerámicos, de instrumentos agrícolas y del complejo alucinógeno, y por el hecho de que la tumba es colectiva, lo que no parece ocurrir en Tarapacá (Cfr. Núñez, 1965, 1984). Sin embargo, un aspecto importante de destacar, es que la vestimenta atacameña se mantiene, pero es ocultada relegándose a camisas interiores, mientras se destacan vistosas prendas de estilo tarapaqueño y se incluyen bolsas raras veces vistas en las tumbas de Atacama (Agüero, 1998; Cases, 1997 Ms.). En cambio, un panorama distinto se observa en la sepultura del cementerio Poniente (Fig. 4), donde el ajuar mortuorio reafirmaría en forma pura su identidad y pertenencia a este territorio al ofrendar al individuo, cubierto sólo por una manta de estilo atacameño y una piel de camélido, una escudilla llena de vainas de algarrobo dentro de un *capacho*, y una olla junto a una serie de artefactos agrícolas, todos del mismo origen que el textil, los cuales fueron cargados de sacralidad al ser cubiertos con pigmento rojo.

Las implicaciones que estos casos particulares representan para el tratamiento arqueológico de la identidad cultural y la etnicidad, los detallamos a continuación a partir del análisis de los materiales fragmentados de los sitios en cuestión, y de sus referentes completos que forman parte de las colecciones museográficas a las que accedimos.

### **La alfarería de Quillagua: Secuencia e identidad cultural durante el Período Intermedio Tardío**

Cuando en San Pedro aparece una nueva expresión de la alfarería de las poblaciones de Atacama, correspondiente a una derivación de la tradición monocroma y pulida del Período Medio de vasijas con una morfología diferente a las precedentes, en el oasis de Quillagua estaría surgiendo la aldea La Capilla, y con ello, es probable que sus ocupantes hayan comenzado a sepultarse en los cementerios Oriente y Poniente (Cervellino y Téllez, 1980, Gallardo *et al.*, 1993).

Durante esta época, en San Pedro y otras partes del territorio en cuestión parece ocurrir lo mismo, es decir, junto con la aparición de esta nueva cerámica, surgen nuevos asentamientos, razón por la cual existe consenso respecto a que con este hecho se inaugura el Período Intermedio Tardío (Schiappacasse *et al.*, 1989). Con él, San Pedro junto con perder

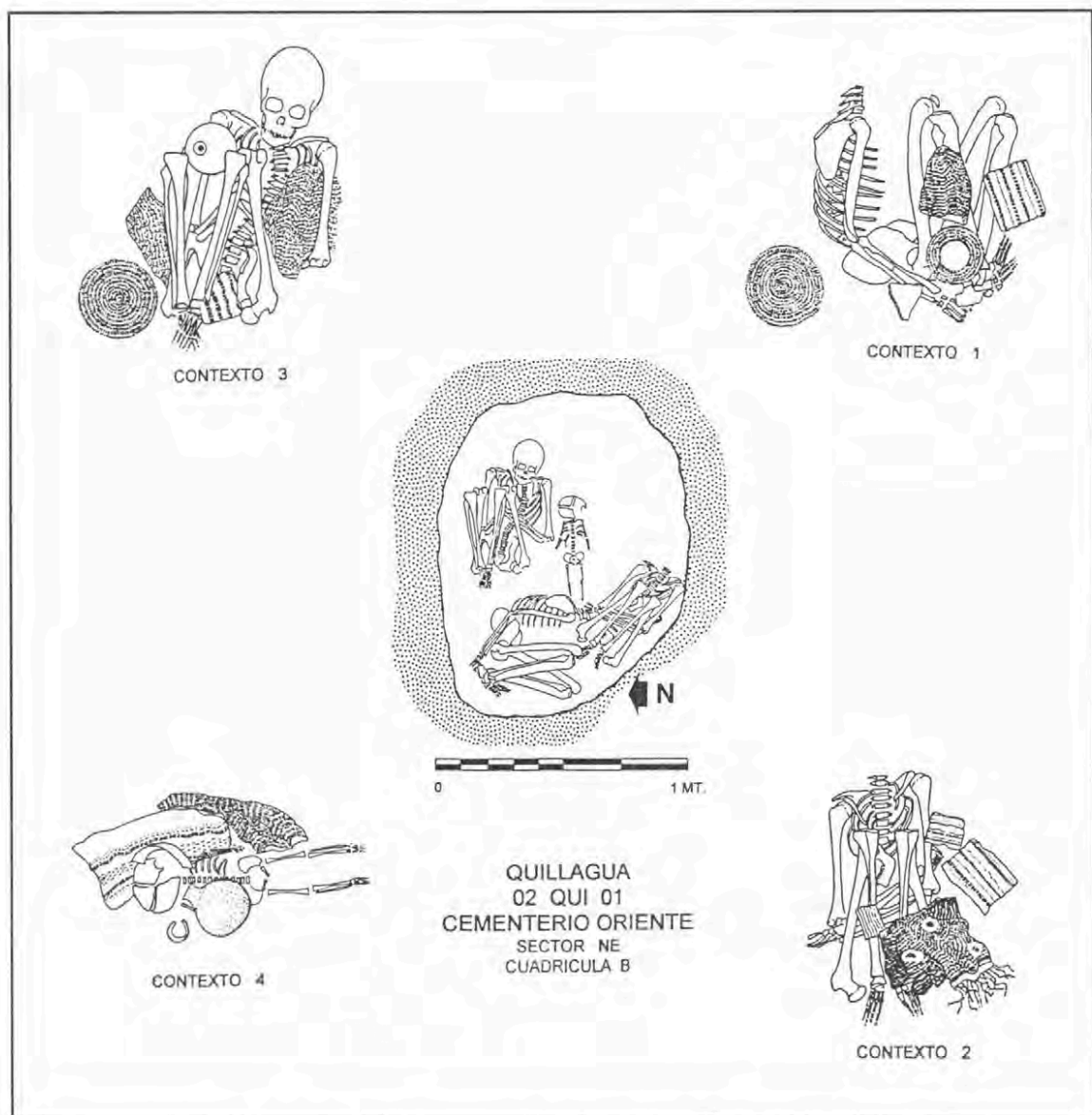


Fig. 3. Quillagua, cementerio Oriente (02QUI01), tumba NE/B.

la hegemonía, entra en un proceso de simplificación de su cultura material, así como en un cambio de su significado, ligado a la disolución de sus vínculos con Tiwanaku. Al mismo tiempo, se observa una distribución más homogénea del poblamiento del territorio comprendido entre el río Loa y el Salar de Atacama. Es así como a mediados del 800 DC y 900 DC, las escudillas o pucos Dupont y Aiquina, comienzan a popularizarse en los registros de aldeas, cementerios y otros sitios ceremoniales, aunque sin duda, la primera, que se caracteriza por un revesti-

miento negro en su interior, es la que más recuerda al período anterior y, por lo tanto, la que mejor caracteriza la etapa inicial del Intermedio Tardío.

Complementando este nuevo universo alfarero, aparecen grandes ollas de base apuntada con protuberancias cerca del cuello a las que hemos llamado Turi Gris Alisado (Fig. 5), y cántaros de formas parecidas a estas ollas, pero con asas laterales y base cóncava como la que también presentan algunas fuentes o cuencos, todos ellos denominados Turi Rojo Alisado, a veces revestidos rojos, especialmente, los que



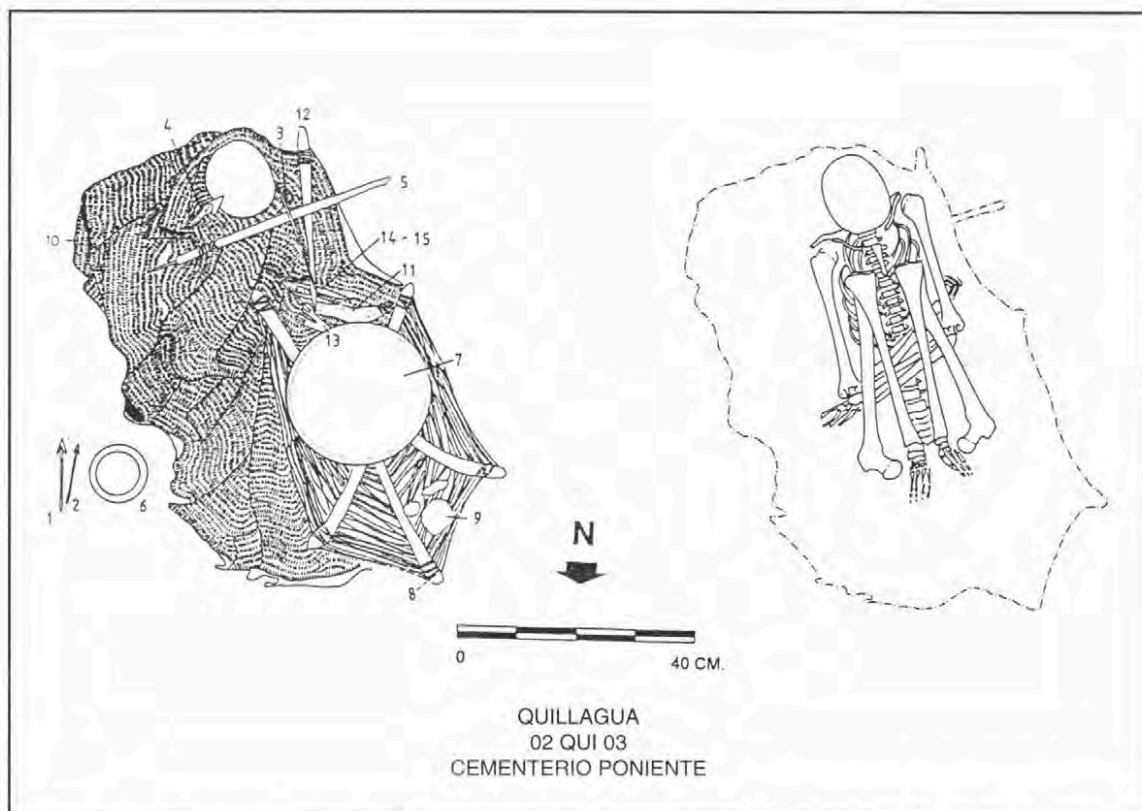


Fig. 4. Quillagua, cementerio Poniente (02QUI03), tumba 1: 1, 2 y 3: extremos distales de dardos desprendibles con puntas de proyectil triangulares; 4: cuchillo triangular enmangado; 5: palo cavador pintado de rojo; 6: olla gris alisada; 7: puco Dupont; 8: capacho formado por seis palos de madera unidos por cordeles de fibra vegetal; 9: líticos; 10: cuero de camélido; 11: bolsa de tripa amarrada; 12: palo cavador pintado de rojo; 14 y 15: palos pintados de rojo (probables extremos distales activos de otros palos cavadores); 13: vichuña de hueso de camélido pintada de rojo.

se encuentran en contextos ceremoniales.<sup>7</sup> Esto es cuando dichas vasijas se encuentran simplemente alisadas, porque si exhiben un grueso revestimiento pulido de color rojo oscuro y los bordes de labios engrosados se conocen como San Pedro Rojo Violáceo (Fig. 5). A los cántaros se unen otros de base

apuntada (Turi Rojo Burdo), tan grandes como tinajas que se caracterizan por el grueso estuco blanco que llevan en el exterior (Fig. 5), probablemente con el objeto de conservar alimentos o cuerpos, ya que, corresponden a las urnas Solor que Le Paige (1964) encontró usadas como sepulturas en el sitio homónimo.

Esta cerámica refuerza el supuesto de una cierta desacralización de la alfarería, pues la de los depósitos funerarios casi no exhibe diferencias con la que se encuentra en los contextos domésticos, lo cual sugiere la inexistencia de una distinción tan radical entre los vivos y los muertos. De hecho, es esta alfarería la que se encuentra en la aldea La Capilla, en cuyos estratos inferiores la cerámica Dupont domina en forma casi exclusiva, por lo cual, decimos

7 La aplicación del nombre Turi a varios tipos cerámicos del Intermedio Tardío de Atacama, se debe a que desde comienzos de la década de los '90 se ha llevado a cabo una reevaluación de esta industria en términos tecnológicos, morfo-funcionales, estilísticos, cronológicos y culturales, principalmente con materiales del sitio 02TU001: Pucara de Turi (Varela et al., 1993).

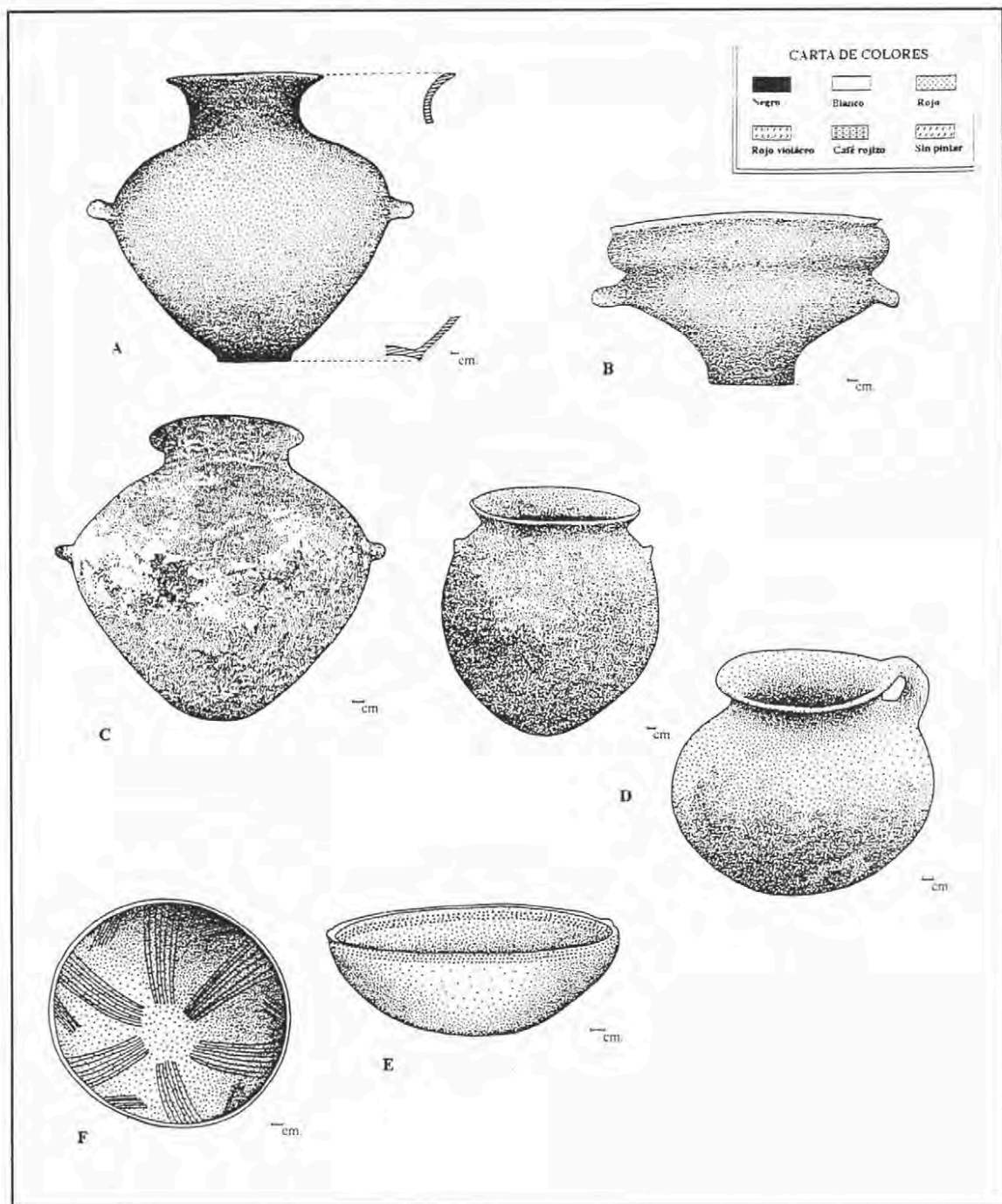


Fig. 5. Componente alfarero Loa-San Pedro: A) Cántaro Turi Rojo Alisado, B) Cántaro doble cuerpo San Pedro Rojo Violáceo, C) Cántaro o urna Solor, D) Ollas Turi Gris Alisado, E) Escudilla con protúberos, F) Escudilla con decoración pintada.

que los sitios mencionados comparten el mismo proceso temprano del resto del territorio atacameño que en San Pedro fue bautizado como fase Yaye (900-1100 DC) por Tarragó (1989). Tan estrecho y

temprano es el parentesco entre ambos sectores de Atacama que las primeras ocupaciones del cementerio Poniente repiten el patrón detectado por Tarragó en San Pedro, ya que al recuperar un contexto fune-

rario fechado en el 1070 DC (UCTL 817: 925(100), entre sus escasas ofrendas, se reconoció una escudilla Dupont conteniendo vainas de algarrobo dentro de un capacho, y una pequeña olla sin asas a los pies del muerto que estaba cubierto sólo con una manta y un cuero de camélido. Lo mismo pudo estar ocurriendo en el cementerio Oriente, donde la fragmentería resultante del saqueo, permite identificar áreas en su sector bajo que se acercan a la significativa popularidad que dicha cerámica alcanza en esos momentos. Además, ambos sitios comparten fechados previos al 1000 DC, por lo que podemos afirmar con bastante seguridad que esta parte de Quillagua fue ocupada y dominada, a nivel del espacio mortuario y habitacional, por poblaciones de Atacama desde los inicios del Intermedio Tardío.<sup>8</sup>

Sin embargo, el cementerio Oriente rápidamente nos enfrenta a un panorama distinto que toma cuerpo entre el 1000 DC y 1100 DC, cuando su universo cerámico integra una enorme heterogeneidad alfarera que, por una parte, cubre gran parte del período en cuestión, y por otro, comprende a una gran variedad de tipos característicos de ámbitos no-atacameños, como la pampa del Tamarugal, los Valles Occidentales ariqueños y varios sectores del Altiplano Meridional hasta la Puna del Noroeste Argentino. A los conjuntos identificados, por su constante aparición, los denominamos componentes. Paralelamente, varios de estos mismos tipos se encuentran en la aldea La Capilla aunque en forma muy eventual y con una representación que apenas sobrepasa del 0% en la mayoría de los casos, por lo que los consideramos intrusivos dentro de un espacio netamente atacameño.

Ahora bien, no sólo se observan cambios representados por la nueva y heterogénea presencia de otras cerámicas en este cementerio, sino que además, el mismo componente atacameño o Loa-San Pedro,

presenta transformaciones en su comportamiento depositacional. De hecho, junto con aumentar radicalmente la cantidad del material ofrendado<sup>9</sup>, las urnas Solor o Turi Rojo Burdo y el San Pedro Rojo Violáceo, tan antiguos como la cerámica Dupont (pues el primero aquí se fechó en 980 DC, y el segundo, en 1005 DC), elevan su popularidad a porcentajes nunca vistos en sitios de asentamiento como se puede apreciar en La Capilla o en el resto de Atacama, pues mientras aquí casi no alcanzan el 5%, en el cementerio no bajan del 10% (Uribe y Ayala 1997 Ms.).

Por otro lado, en forma paralela y con similares porcentajes, comienza a sobresalir el componente Tarapacá representado por las botellas del tipo Pica-Charcollo (Fig. 6), a veces débil e irregularmente pintadas de rojo, entre las que se pueden distinguir unas pequeñas vasijas de cuerpo esférico y otras grandes de base apuntada con protúberos a ambos lados del cuello, el que en todos los casos es muy estrecho y corto (Cfr. Núñez, 1984; Moragas, 1997 Ms.). De esta manera, el predominio alfarero llega a ser compartido por estos tres tipos, aunque siempre sobre una base atacameña, ya que lo que cambia es la aparición de Tarapacá en el registro alfarero, el cual rara vez se complementa con sus otros compañeros detectados en Pica-8, uno de los sitios mejor conocido de esa región (Zlatar, 1984). Con ello, nos referimos a los tipos Pica-Chiza con sus botellas y jarros modelados con rostros y atributos antropo y zoomorfos, y las ollas asimétricas o jarro zapato Pica-Gris Alisado (Fig. 6). La presencia tarapaqueña, por otra parte, pareciera enfatizar la heterogeneidad alfarera en el cementerio Oriente, ya que paralelamente, se hacen presentes los componentes Valles Occidentales y Altiplánico con cerámicas de Arica (Cabuzza, Maytas, Chiribaya, San Miguel, Pocoma y Gentilar), del sur boliviano y extremo noroeste argentino (Taltape, Yura-Uruquilla, Hedionda, Yavi, etc.), con lo cual nos enfrentamos a una especie de permeabilización de la frontera septentrional del territorio atacameño.

Con todo, hay que considerar que este fenómeno no implica procesos de aculturación de la alfarería, existiendo más bien, pruebas de la independencia cultural de sus portadores, puesto que no se mezclan atributos tecnológicos, formales ni estilísticos. Una situación como ésta es la que caracteriza esencialmente el registro cerámico del sector Bajo del cementerio Oriente, pues en él dicha heterogeneidad comprende, por una parte, casi toda la tipología de la secuencia ariqueña, desde el momento Cabuzza-

8. Incluso pudo ser antes, ya que una datación por RC14 obtenida por Núñez (Cervellino y Téllez, 1980), entrega una fecha no calibrada de 710(70) DC, y más tarde, Gallardo et al. (1993) aportan otra fecha TL cercana al 800 DC para el cementerio Oriente, avalando su ocupación temprana.

9. Entre recolecciones de superficie y excavaciones, se recuperaron del cementerio Oriente cerca de 50 k de fragmentería cerámica, en tanto en el Poniente la cifra no superó los 7 k de material.

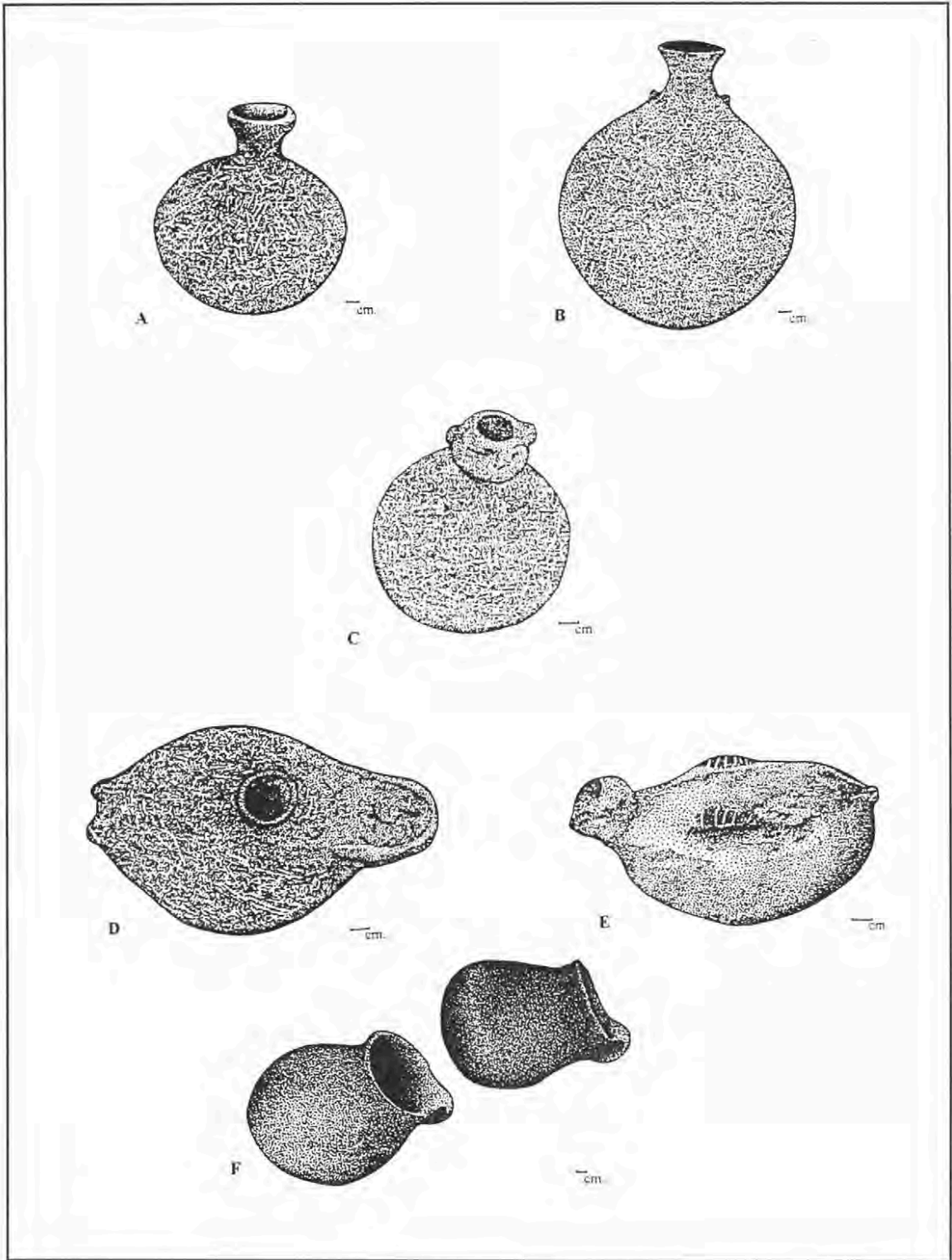


Fig. 6. Componente alfarero Pica-Tarapacá: A) Botella simple tipo Pica-Charcollo, B) Botella con protúberos tipo Pica-Charcollo, C) Botella antropomorfa tipo Pica-Chiza Modelado, D) Botella antropomorfa femenina tipo Pica-Chiza Modelado, E) Botella zoomorfa (ave) tipo Pica-Chiza Modelado, F) Ollas (jarros-zapatos) tipo Pica-Gris Alisado.

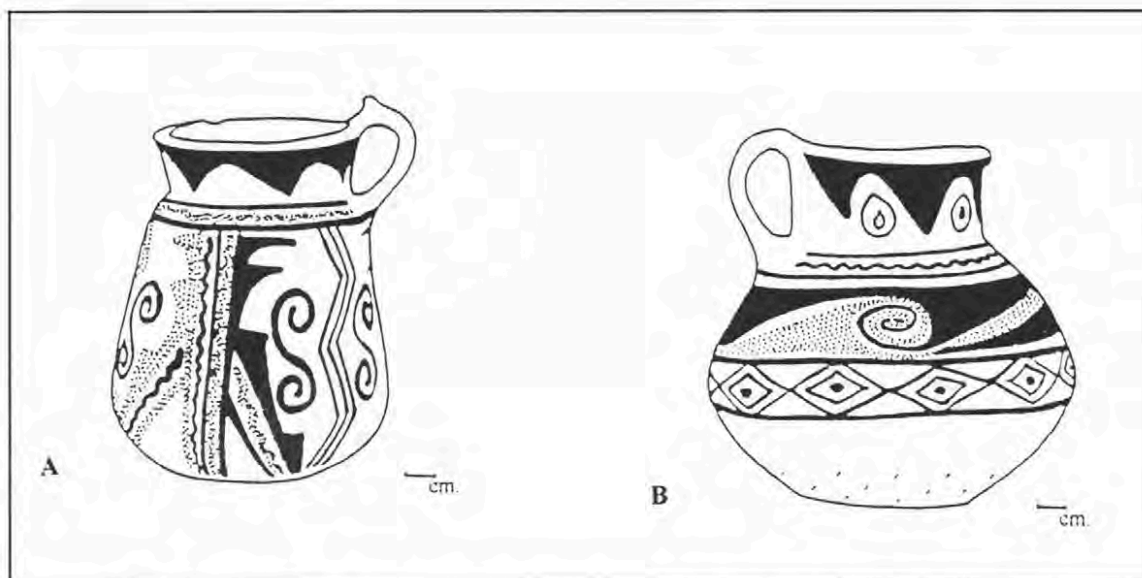


Fig. 7. Componente Arica (Valles Occidentales): A) Jarro tipo San Miguel B grupo 2, B) Jarro tipo San Miguel B grupo 4.

Maytas de finales del Período Medio hasta Gentilar del Tardío, aunque siempre se aprecia la preponderancia de los jarros y cántaros pintados con diseños en negro y rojo sobre blanco de San Miguel (Fig. 7) que en Arica se popularizan entre 1200 DC a 1350 DC (Espouey *et al.*, 1996 Ms; Uribe, 1995). Por otra parte, se reconocen las cerámicas del altiplano sur, tanto de su sector nor-occidental, entre las que se cuentan Taltape, Hedionda y probablemente Chilpe, como las Yura-Uruquilla, Chichas y Yavi de su porción sur-oriental (Fig. 8), por lo cual sus productores parecieran estar asediando a las poblaciones cercanas al Pacífico, sobretudo a las del desierto de Atacama. En general, ellas se encuentran representadas por pequeñas piezas, principalmente cántaros, jarros o escudillas, que pudieron ser fáciles de transportar y al mismo tiempo de identificar, pues se particularizan por una decoración pintada basada en líneas onduladas en los primeros tipos mencionados, mientras en los segundos, existe una mayor preferencia por triángulos y espirales.

Sin embargo, los dos componentes descritos, Valles Occidentales y Altiplánico, sólo adquieren el carácter de elementos intrusivos al compararlos con la frecuencia e incidencia que tienen las cerámicas de Atacama y Tarapacá en los análisis de las muestras que se obtuvieron de superficie y estratigrafía en forma sistemática.

Haciendo uso de las dataciones absolutas que se han obtenido para el tipo Rojo Violáceo —el más

popular del sitio— que lo ubican a más tardar hacia el 1220 DC en San Pedro de Atacama (Berenguer *et al.*, 1986), pensamos que la situación del cementerio Oriente se desarrolló durante todo ese siglo hasta mediados del 1300 DC, como lo avala la presencia de cerámica San Miguel en su desarrollo clásico durante esa época, es decir, cuando la decoración se caracteriza por la ejecución de triángulos de colores opuestos, de trazos curvos y volutas.

Sin embargo, el panorama no estuvo exento de cambios. Esto, porque en el sector Alto del cementerio Oriente la heterogeneidad de la alfarería en el espacio mortuario de Quillagua estaría declinando considerablemente en un momento posterior, lo cual está apoyado por los casi únicos ejemplares de los otros componentes presentes en este sector, correspondientes al tardío tipo Gentilar de Arica (1400 DC-1500 DC), y por la presencia de exponentes altiplánicos del tipo Hedionda de la región surboliviana de Lípez que se empiezan a popularizar hacia el 1300 DC en Atacama (Espouey *et al.*, 1996 Ms.; Uribe, 1996).

Este nuevo momento dentro de la historia del espacio funerario quillagüino, nos hace considerar que la posible etapa de apertura o permeabilización de la frontera norte de Atacama comienza a cerrarse, luego de una época de reforzamiento de la presencia de sus poblaciones en este mismo cementerio, sugerida por la inesperada y gran representación que adquieren aquí los cántaros San Pedro Rojo Violá-



Fig. 8. Componente alfarero Altiplánico: A) Escudilla tipo Hedionda Negro sobre Ante, B) Recipiente tipo Yura, C) Jarro vertedera tipo Uruquilla, D) Cántaro tipo Taltape, E) Escudilla tipo Yavi, F) Cántaro tipo Yavi.

ceo y Solor. Pareciera, entonces, ser de vital importancia para los habitantes atacameños del oasis mantener seguras sus fronteras y su territorio, razón por la cual el proceso se llevaría a cabo en territorio más cercano a Tarapacá, es decir, al otro lado del río, por lo tanto, al norte del cementerio Poniente y de la

aldea La Capilla. La idea anterior se ve apoyada por la existencia de un *hiato* en la ocupación de este último entre el 1070 DC a 1390 DC, lo que también refuerza nuestro supuesto de que el Oriente se utilizó sobretodo a lo largo del 1200 DC. Si nuestras presunciones son acertadas, dicha alfarería actuó como el

símbolo del reforzamiento de la presencia atacameña, ya que es la cerámica que ni siquiera sale de su territorio. De hecho, en Pica-8 no se ha registrado, y menos aun más al norte, como en Iquique que es hasta donde alcanzan exponentes de Atacama correspondientes a las escudillas Aiquina y Dupont. Esto no tiene relación directa con el tamaño de las piezas, pues encontramos las del tipo Pica-Charcollo en Quillagua y Chacabuco, con tamaños grandes y pequeños y sin modificaciones en sus atributos estructurales, lo que por otra parte, apoya la fuerza del movimiento tarapaqueño hacia el sur.

Por lo tanto, proponemos que las poblaciones de Atacama fueron impactadas de tal manera por la penetración tarapaqueña, que generaron como respuesta una estrategia de legitimación de su propiedad sobre el valle a través de un reforzamiento de su presencia inmediatamente fuera de su territorio, intensificando su identidad en términos simbólicos con el objeto de obtener el mayor provecho del contacto intercultural sobretodo si éste es inevitable, al evidenciarse en esos momentos como hemos visto, un movimiento generalizado de otras poblaciones hacia el sur y el Pacífico. En consecuencia, no es de extrañar que el contexto funerario haya sido elegido por Atacama como el escenario del despliegue de esta estrategia, lo cual puede ser inferido si consideramos que el ceremonial de la muerte, como toda celebración, se convierte en una exacerbación ritual de la realidad y, por lo tanto, en el lugar público privilegiado de los símbolos (Sánchez-Parga, 1986), entre los cuales la alfarería parece haberse destacado, sin transar hasta esos momentos ninguno de los atributos con los que se la conoce en sus territorios de origen.

Fue así que, con claras identidades se produjo el encuentro, posiblemente violento, siendo ceremonialmente expresado en el cementerio como producto final del funeral mismo, rompiendo con el equilibrio de la propiedad atacameña.<sup>10</sup> Sin embargo, la cultura material de sus poblaciones nos sugiere que en vida habrían hecho uso de una tradicional sabidu-

ría andina que convierte los desequilibrios provocados por los encuentros, en una suerte de proceso en el que se transita de la contrariedad total a la igualdad, a través de un constante limar asperezas, obteniendo de dicho proceso un nuevo equilibrio que fija una presencia más poderosa que otra, pero incluida dentro de un ideal de complementariedad (Platt, 1987; Cereceda, 1990). Así, hemos comenzado a visualizar el tránsito de la mayor heterogeneidad alfarera del Oriente Bajo a una menor del Oriente Alto, en la cual se mantienen, como dijimos, los exponentes de Atacama y Tarapacá con un predominio compartido por los principales tipos de ambos, aunque dentro de un universo eminentemente atacameño. Suponemos que este fenómeno se puede aplicar a la vida diaria, pues una situación muy semejante se repite en la aldea La Capilla. En uno de los estratos de los pozos excavados aquí por Gallardo y coautores (1993), se observa una manifestación de más del 15% de cerámica Pica-Charcollo sobre un contexto atacameño del Período Intermedio Tardío inicial. Sin embargo, este hecho no vuelve a ser observado en la aldea, pues los porcentajes inmediatamente posteriores de dicho tipo apenas sobrepasan el 0% en el resto de los estratos, y siempre van acompañados por el tipo San Pedro Rojo Violáceo en iguales porcentajes, que son los mismos con que éste generalmente se presenta en el resto del territorio atacameño, lo cual parece convertirse en la dinámica que dominará el resto del período.

Esto significaría que, como el resto de los componentes alfareros presentes en Quillagua, los representantes del territorio tarapaqueño adquieren un estatus, si bien no distinto al resto, mucho más constante, pudiendo ser el resultado del éxito de la misma estrategia atacameña que convirtió a esta presencia, al principio con un poder semejante y capaz de penetrar Atacama, en una entidad complementaria para sus poblaciones. Considerando la popularidad que adquiere el tipo Rojo Violáceo en la localidad, asignamos este proceso hipotético a la fase Solor de San Pedro, ubicable para nosotros entre el 1100 y 1300 DC (Cfr. Berenguer *et al.*, 1986; Le Paige, 1964; Orellana, 1968; Tarragó, 1989).

Por otra parte, si se ha vuelto a un equilibrio una vez que se han marcado los espacios o roles de unos y otros, y con ello, suavizado la violenta presencia tarapaqueña a través de un fuerte énfasis en la identidad atacameña —y su presencia—, ya no se hace necesaria la intensa ocupación del cementerio Oriente, siendo ahora posible que los muertos de Atacama vuelvan a enterrarse en el Poniente y más cerca de su

10 Utilizamos el término violento en el sentido que esta presencia es inédita en otras partes de Atacama o en Arica, durante un acotado espacio temporal y, de acuerdo a lo observado en Pica-8, con los mismos patrones que en su lugar de origen o sitio tipo.

aldea, pero con ciertos cambios. Estos radican en que las escudillas se vuelven a popularizar, como durante la fase Yaye, pero sin un predominio de los pucos revestidos negros, sino simplemente pulidos en su interior y de tonalidades café llamados Aiquina, acompañados de una significativa representatividad de cántaros Turi Rojo Alisado, pues se han perdido el tratamiento de superficie y los labios engrosados del San Pedro Rojo Violáceo. Además, en este sitio prácticamente no existe heterogeneidad alfarera, teniendo la exclusividad total el componente Loa-San Pedro, y con ello la homogeneidad, excepto por una constante y eventual asociación a cerámica altiplánica de la región de Lipez del sur boliviano que conocemos como Hedionda. Por su parte, es probable que las poblaciones tarapaqueñas se hayan retirado de la zona, por lo cual el cementerio Oriente deja de tener el protagonismo que le caracterizaba como lo indica la ausencia de fechados más tardíos, ocupándose posteriormente sólo en forma eventual de acuerdo a escasos restos de dichos momentos.

Este último ingrediente que se agrega a la discusión —y al que vimos durante la ocupación del Oriente sólo como otro integrante de la heterogeneidad alfarera—, pareciera jugar un rol más significativo en el Poniente, pues de acuerdo a lo estudiado en otras partes de Atacama y en el curso superior del río Loa, creemos identificar a través de la cerámica Hedionda un proceso de apropiación simbólica de elementos altiplánicos por parte de la población de la región, que se cruza con un proceso paralelo de progreso cultural a partir de estas tierras, bajo el amparo de tales símbolos (Uribe, 1996). Probablemente, en esos momentos que asignamos a una fase Turi (1390-1450 DC), donde es muy claro este fenómeno, la identidad atacameña se fortalecería en base a dichas conexiones altiplánicas. En efecto, haciendo uso de los elementos culturales apropiados de éstas, es que se lograría recuperar la hegemonía total de la presencia atacameña en Quillagua. De hecho, observamos en las excavaciones una evidente manifestación del tipo Hedionda y en superficie evidencias de escudillas locales, a veces revestidas de rojo, con decoración altiplánica que incluso se harían más populares hacia el Período Tardío, encontrándolas también en Caleta Huelén-12, en Pica-8 y en San Pedro de Atacama donde hasta las escudillas Aiquina llevan esa decoración. Por ello, pensamos que otro aspecto de la situación anterior derivó durante esta época en un incremento del movimiento de su población, en este caso, hacia el norte del río Loa, como lo demuestra su alfarería,

especialmente todas sus clases de escudillas, apoyando de esta manera el rol protagónico de esta sociedad y el poder alcanzado para imponer su imagen dentro del Norte Grande, quizás, completando con ello su capacidad de complementariedad económica formando amplias redes de intercambio (vid. Núñez, 1984).

Por otra parte, lo anterior se vería apoyado por las huellas dejadas por el Inca en la alfarería (Fig. 9) y que se hacen más evidentes en el cementerio Poniente, correspondientes sobretudo a botellas revestidas rojas con cuellos "aribalooides" —características de importantes sitios con influencia incaica como el cementerio de Los Abuelos de Caspana— y escudillas rojas a veces con atributos ornitomorfos. Todas estas vasijas, por su origen, implican un proceso de aculturación con el Tawantinsuyu que privilegia a las poblaciones atacameñas, no así a las tarapaqueñas donde hasta ahora dicho proceso es casi desconocido. Como vemos, se legitima a través de las transformaciones en la alfarería la imagen de los muertos y vivos de Atacama, porque las evidencias "incanizadas" también aparecen en la aldea La Capilla, y en las tierras altas de su territorio donde se han hecho templos y adoratorios al estilo de los Incas.

En definitiva, si se trata de la demostración de etnicidad de una población, proponemos que durante el Período Intermedio Tardío, la de Atacama ha reforzado su identidad cultural al verse enfrentada a las contingencias descritas, ya sea, compartiendo en un ámbito de identidades intransables —como lo manifestado a través de la conducta de la alfarería de Quillagua—, apropiándose de los símbolos de otros —como es el caso de las conexiones altiplánicas con Lipez—, y combinando ambas estrategias, ya que es probable que los mecanismos adoptados de grupos altiplánicos, hayan servido a las gentes de Quillagua para resolver a su favor el movimiento tarapaqueño hacia su territorio.

### **Los textiles de Quillagua: los matices de las relaciones interculturales desplegadas en los cementerios**

La ausencia de estudios integradores y sintéticos que caracterizaran los textiles no sólo de Quillagua sino de Tarapacá y Atacama, situándolos dentro de tradiciones culturales en marcos espaciales y cronológicos acotados, hizo que los marcadores cerámicos se constituyeran en los antecedentes principales a partir de los cuales abordamos los tejidos de Quillagua. Al mismo tiempo, el análisis textil unido al de la alfare-



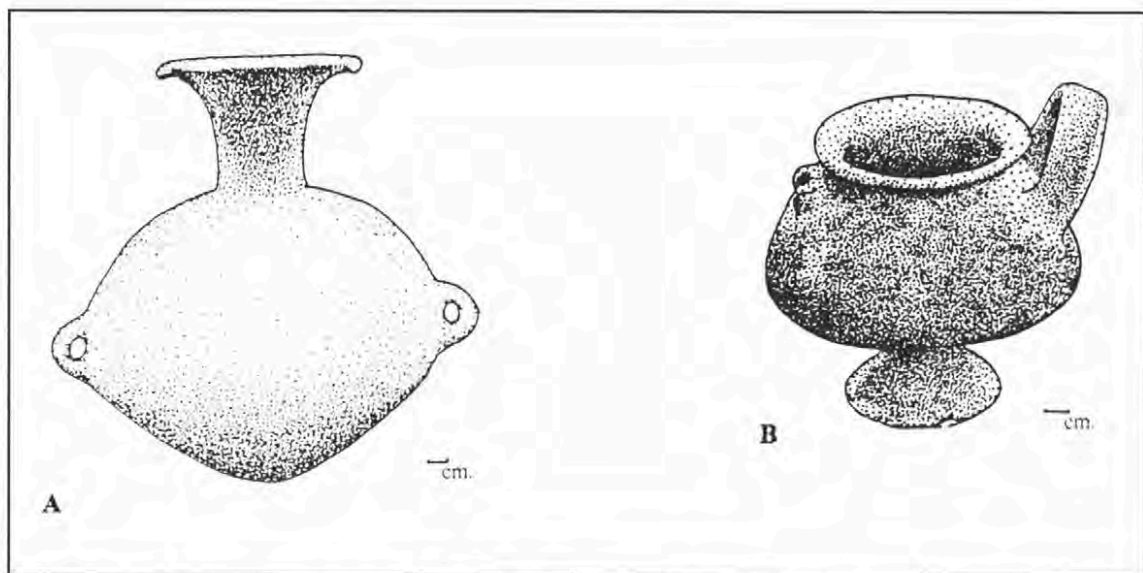


Fig. 9. Componente Inca: A) Aríbalo Rojo Revestido-Inca local, B) Olla con pedestal Inca.

ría, con sus coincidencias y variaciones, nos permitió referirnos con mayor propiedad a las poblaciones de las distintas regiones detectadas a través de la cerámica.

Es así como, el estudio de colecciones de referencia de áreas que, de acuerdo a la alfarería, registraban su presencia en esta localidad, nos permitió identificar tipos textiles que expresaban comportamientos estilísticos característicos para las regiones de Tarapacá y Atacama durante el Período Intermedio Tardío. Como compartían los yacimientos funerarios de Quillagua, reunimos en componentes los tipos que expresan estos grandes estilos y a sus variaciones en grupos. En este espacio, nos referiremos a las camisas, parte fundamental de la vestimenta precolombina de hombres y mujeres andinos, y a las bolsas, forma que integran *chuspas*, talegas, *wayuñas* y costales, artefactos involucrados en la actividad ritual y en el tráfico e intercambio de productos (hojas de coca, maíz, etc.).

De este modo, a partir de la colección de Pica-8, identificamos un estilo textil que se extiende durante la primera mitad del Intermedio Tardío por la costa de Tarapacá (Pisagua, Iquique), la costa de Arica (PLM-3) y el cementerio Oriente de Quillagua, el cual se inserta dentro de la Tradición de Valles Occidentales (Uribe, 1995; Agüero, 1996 Ms.). Se trata de camisas de forma semitrapezoidal con orillas de urdimbre curvas y decoración lograda por faz de urdimbre organizada en listados laterales policro-

mos. En las pocas ocasiones en que la decoración es bordada, ésta se realiza principalmente en puntada anillada. Por su parte, las bolsas que se integran a este estilo consisten en *chuspas* y bolsas-faja con decoración lograda por urdimbres complementarias y flotantes, y bolsas agrícolas decoradas con listas lisas. Todas estas prendas tienen la particularidad de utilizar una trama continua, elemento que, junto a los otros mencionados, se hacen extensivos al universo textil ariqueño, reafirmando su inclusión dentro de la Tradición de Valles Occidentales. Sólo la curvatura en las orillas de urdimbre de las camisas, es una innovación tecnológica propia de Tarapacá, lo que nos permite conocer su procedencia específica (Figs. 10 y 14a).

En segundo término, pudimos individualizar un componente atacameño formado por camisas rectangulares con orillas de urdimbre rectas y decoración lograda principalmente por bordado en puntada saltín, urdimbres transpuestas y tapicería excéntrica enlazada-dentada (*dovetailed*). Las variaciones que pueden ocurrir en la utilización de las técnicas decorativas mencionadas, obedecen a distintas situaciones culturales asociadas a factores cronológicos que explicaremos más adelante. Las bolsas de este componente consisten en *wayuñas*, talegas y costales con decoración de listas lisas y en damero. Además, todos los textiles de este componente, utilizan, sin excepción, tramas múltiples —por lo general 5 tramas alternadas—, diferenciándose ex-

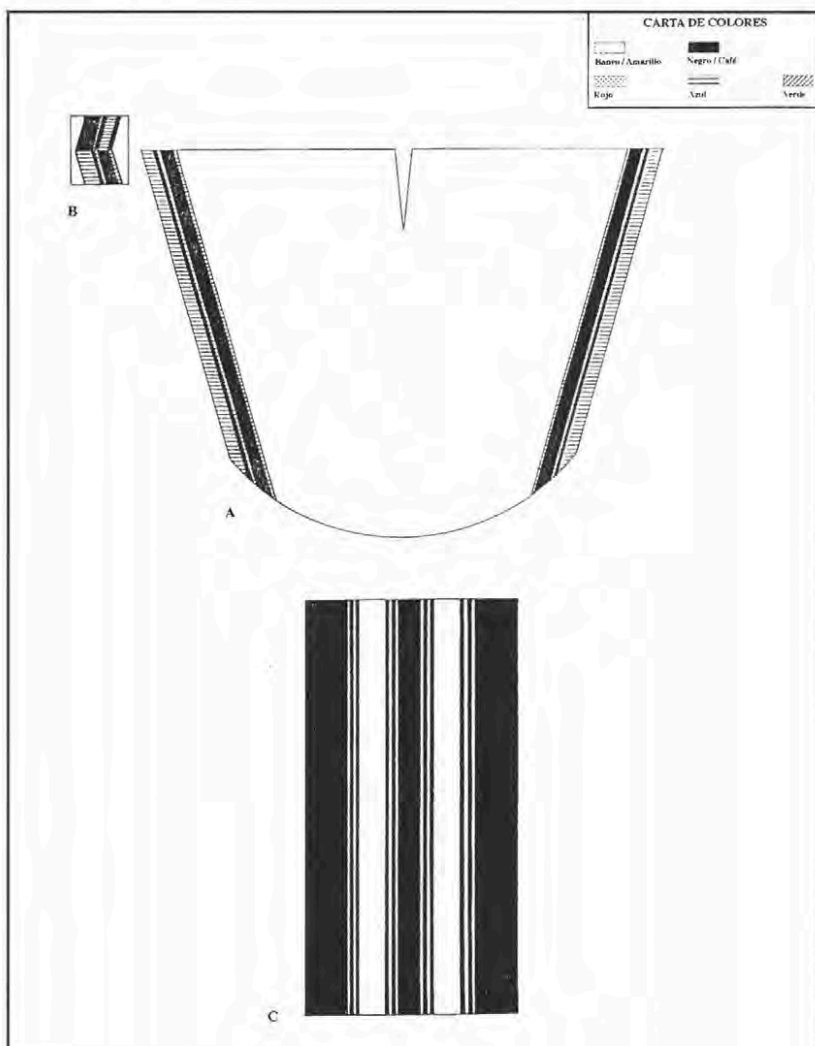


Fig. 10. Textiles del Componente Tarapacá, Período Intermedio Tardío (y carta de colores para todas las figuras de textiles): A) Camisa trapezoidal con orillas de urdimbre curvas, B) detalle del cambio de colores en el hombro, realizado con urdimbres discontinuas, C) talega.

plícitamente de aquellas de la Tradición de Valles Occidentales (Figs. 11, 12 y 14d).

Dentro del componente atacameño, el análisis de, principalmente, camisas de sitios del Intermedio Tardío inicial de San Pedro, nos permitió establecer grupos vinculados a este momento temprano. A través del examen de los materiales de Solor-3, Coyo

Oriente, Quitor-1 y Solcor-3, y de Chiuchiu en el Loa, pudimos identificar la existencia de un grupo textil netamente "sanpedrino" —en el que se integran los grupos A y B de Oakland (1992)<sup>11</sup>— que está muy representado en el cementerio Poniente de Quillagua. Este grupo lo integran camisas rectangulares con decoración bordada en puntada satén en las uniones laterales, abertura de brazos, cuello y orillas de urdimbre, realizando motivos de volutas, ganchos, zig-zag, cruces y escalerados. El uso de tramas múltiples (n=5) y los bordados laterales y en las orillas de urdimbre son elementos invariables en

11 Menos el tipo VII del Grupo B de Oakland (1992), en tapicería con iconografía Tiwanaku.

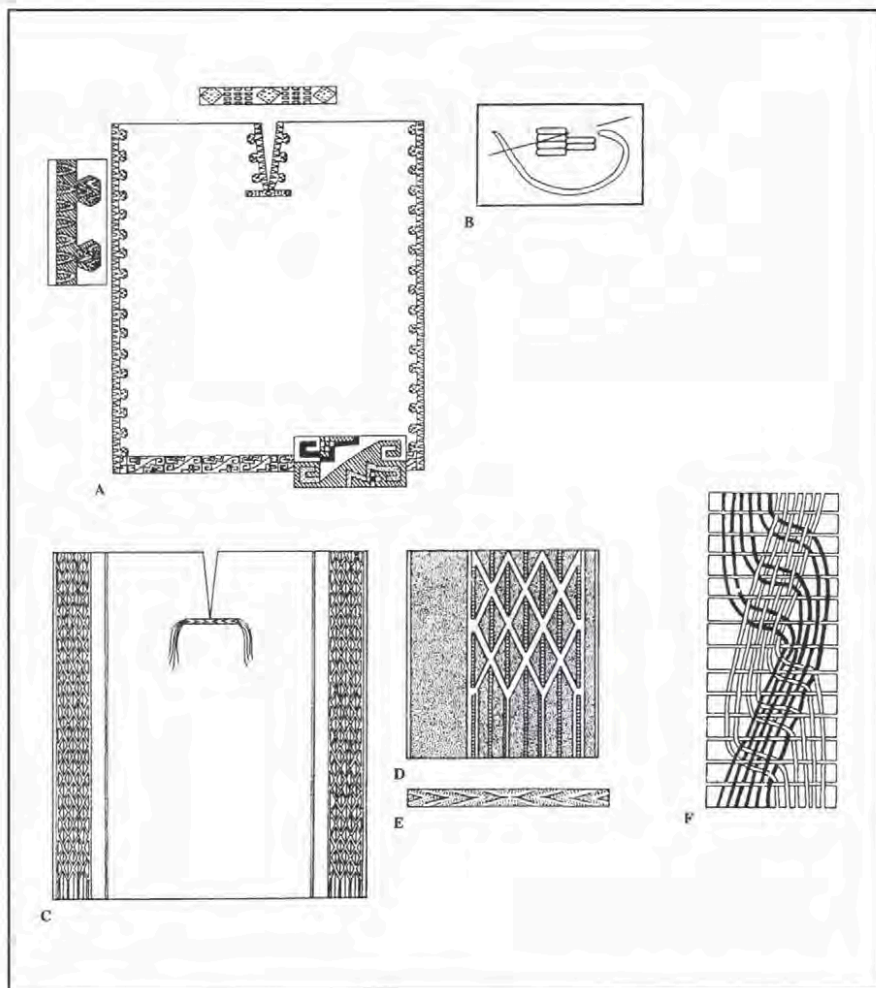


Fig. 11. Textiles del Componente Atacama: A) camisa rectangular con decoración bordada en puntada satín, fase Yaye, Período Intermedio Tardío inicial, B) puntada satín, C) camisa rectangular con decoración lograda por la técnica de urdumbres transpuestas, fase Turi, finales del Período Intermedio Tardío, D) detalle de la franja decorada lateral, E) detalle del refuerzo del cuello, realizado en tramas en torzal, F) técnica de urdumbres transpuestas.

12 A diferencia de los niveles inferiores con cerámica Negra Pulida utilizada en la definición cronológica-cultural del sitio (Le Paige, 1957-58), los entierros marcados por postes del nivel superior, los integran fardos de individuos sentados, vestidos con camisas, taparrabos sujetos por fajas y escasas ofrendas de patas de camélidos, pocos ejemplares de cerámica Gris Alisada (Tarragó, 1989), cuchillos-tajnes y collares de liparita, indicadores que sitúan a este nivel superior hacia el final del Período Medio e inicios del Intermedio Tardío.

aquellos tipos que mantienen una vinculación cercana con San Pedro (Figs. 11a-b; 14d). Es necesario señalar que, si bien los sitios del Salar de Atacama a que hemos hecho referencia, tradicionalmente se han considerado como exponentes del Período Medio, no se pueden desconocer los contextos similares a aquellos de la parte superior del túmulo de Solor-3, correspondientes a un momento posterior que hemos asignado a la fase Yaye (Tarragó, 1989; Agüero, 1998).<sup>12</sup> Por otra parte, en todos los cementerios de Quillagua —pero, principalmente, en el Oriente Alto seguido por el Oriente Bajo— así como también en Chiuchiu, se registraron prendas simila-

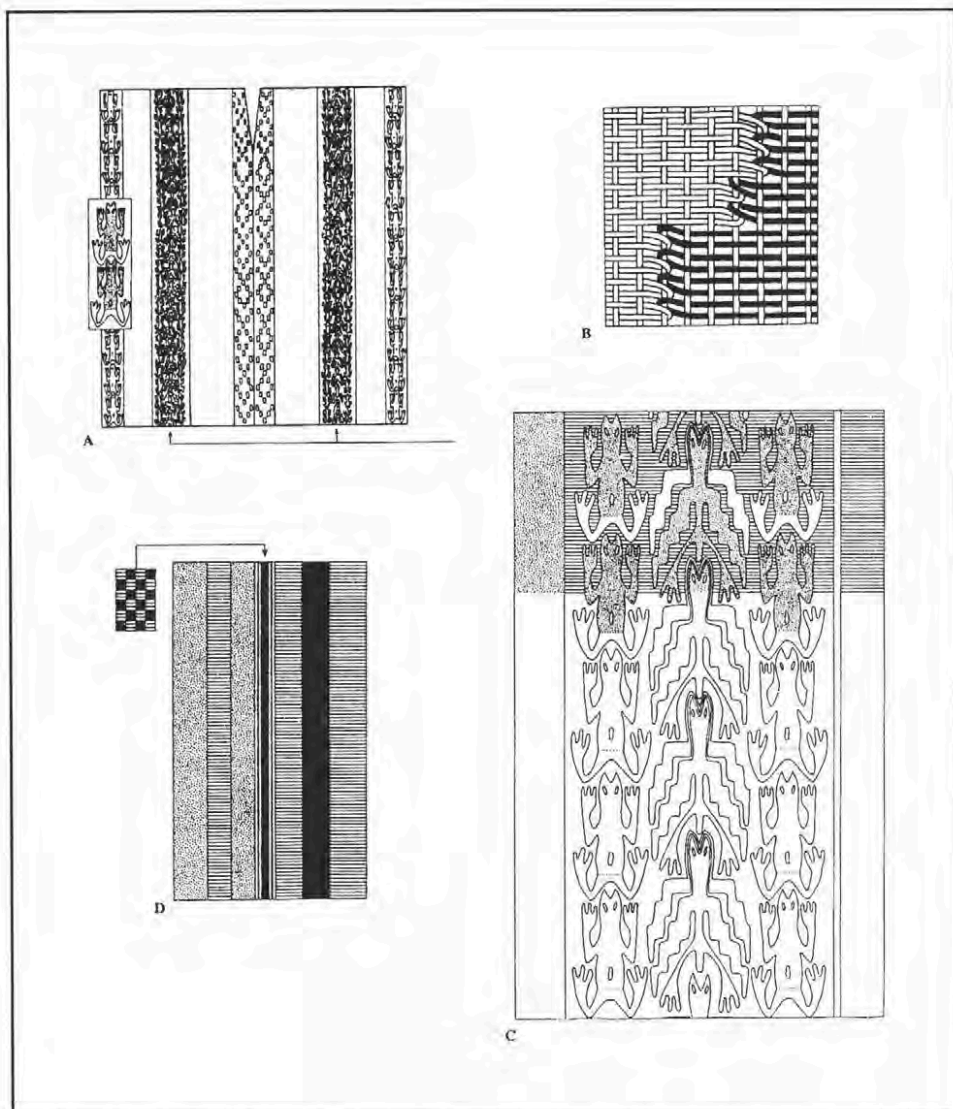


Fig. 12. Textiles del Componente Atacama, fase Turi, finales del Período Intermedio Tardío, A) camisa rectangular estructurada en faz de trama y decorada en tapicería enlazada dentada, B) tapicería enlazada dentada (*dovetailed*), C) detalle de la decoración, D) talega.

res a las descritas, pero con algunas variaciones en los bordados, cuyo trazado mucho más rígido reproduce poca variedad de motivos que ahora ocupan espacios más reducidos. Considerando los indicadores cerámicos que sitúan cronológicamente la ocupación del Oriente Alto a fines de la primera mitad del Intermedio tardío, la gran representación que tienen allí estas prendas (al igual que en el Oriente Bajo), así como su ausencia en los sitios tempranos de San Pedro, nos confirma que son más

tardías que aquellas vistas allí.

Contrariamente, también observamos prácticamente en forma exclusiva en los cementerios Oriente Bajo y Alto, prendas con elementos formales y decorativos similares a los de Tarapacá —los cuales visualmente se destacaban— pero que, estructuralmente correspondían a la tradición de Atacama. Es así, que las camisas se fabricaron con forma levemente trapezoidal, mostrando decoración listada —tal como lo hacían en Pica y Arica— y redu-

ciendo los espacios bordados, pero siempre utilizando tramas múltiples, las que pueden variar de 2 a 5. Por esta clase de combinaciones, denominamos a este ambiguo grupo de textiles: Loa-Tarapacá (Figs. 13 y 14b-c-d).

Finalmente, observamos en el cementerio Po-

niente, en Lasana y Calama en el Loa Medio, en la desembocadura del mismo y en contextos de finales del Intermedio Tardío del Noroeste Argentino —como los de Tastil, Doncellas y Sayate (Boman, 1908; Rolandi, 1973, 1979)<sup>13</sup>—, a un grupo de prendas que ostenta la mayor representación en el mencionado

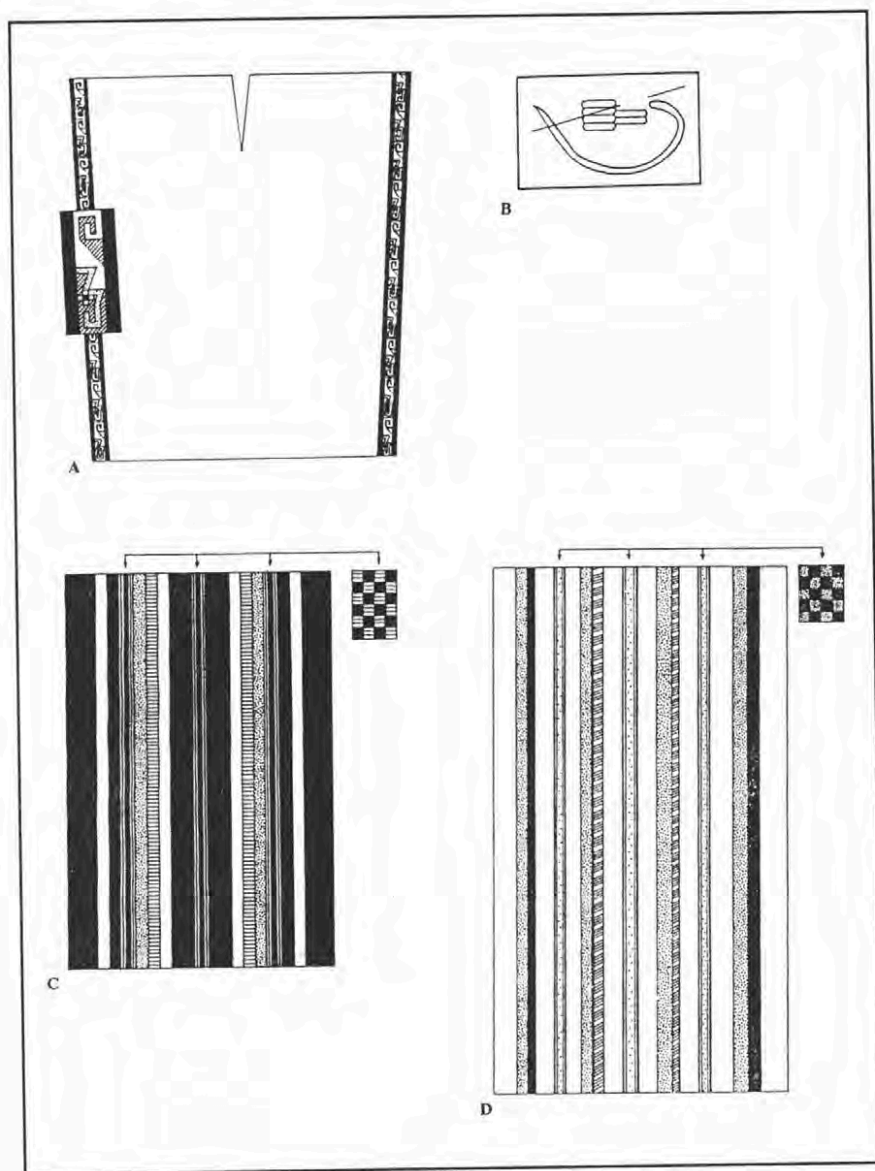


Fig. 13. Textiles del grupo Loa-Tarapacá, Período Intermedio Tardío, A) camisa semitrapezoidal con orillas de urdimbre rectas y decoración bordada en puntada satín, B) puntada satín, C) talega, D) talega.

13 Cabe destacar que Michieli (1994) también informa la presencia de estos textiles en contextos tardíos situados bastante más al sur, en el Depto. de Calingasta, San Juan, Argentina.

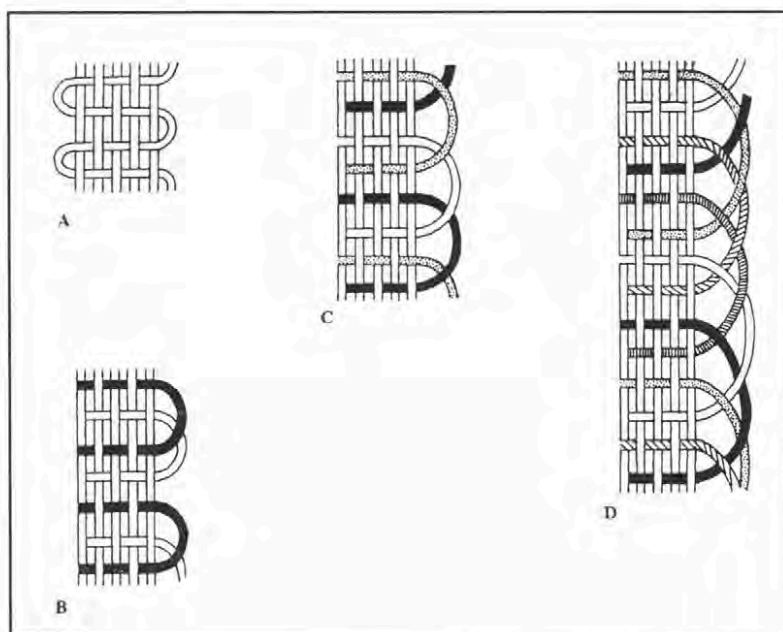


Fig. 14. Enlaces de trama: A) uso de 1 trama continua, B) uso de 2 tramas alternadas, C) uso de 3 tramas alternadas, y D) uso de 5 tramas alternadas.

cementerio de Quillagua. Se trata de camisas rectangulares que utilizan las técnicas decorativas de urdimbres transpuestas y tapicería dentada, hilados de colores blanco, azul y rojo con los que reproducen motivos de "V" o rombos —en el caso de las urdimbres transpuestas— y una característica figura zoomorfa de 3 dedos —en el caso de la tapicería, además, por supuesto, del uso de tramas múltiples ( $n=5$ ), quedando los bordados relegados a costuras laterales (Figs. 11c-d-e-f; 12, 14d). Su distribución geográfica y la utilización de 5 tramas alternadas nos permiten insertarlas dentro del componente atacameño —aunque todavía no las hemos registrado en San Pedro—, así como los contextos en que aparecen las sitúan hacia los finales del Intermedio Tardío, extendiéndose incluso, hasta tiempos incas como lo indican piezas trasladadas hacia el norte, registradas en el sitio funerario Tardío de Camarones-9 en la desembocadura de la quebrada homónima (L. Ulloa, com. pers., 1998).

Seguir la distribución de los componentes y grupos textiles a que hemos hecho referencia, dentro de los cementerios de Quillagua en forma complementaria a la alfarería, nos permitió visualizar la secuencia de las ocupaciones y la dinámica de las relaciones culturales mantenidas por los distintos grupos representados. De este modo, se pudo identificar tanto en

el Oriente como en el Poniente ocupaciones iniciales relacionadas, en el primero, con los Valles Occidentales a través de textiles Cabuza, y en el segundo, con el grupo sanpedrino de la fase Yaye del componente atacameño, relacionando desde temprano a ambos cementerios con áreas culturales diferentes.

Luego, detectamos la presencia del componente Tarapacá en los cementerios situados al Oriente del Loa —donde si bien las camisas piqueñas tienen poca representación, no ocurre lo mismo con las bolsas—, y una pequeña intromisión en el Poniente que no llega a ser de ningún modo significativa. No obstante, tanto en el Oriente Bajo como en el Alto, la principal representación la tiene el componente de Atacama a través del grupo textil que muestra variaciones en relación con aquel de la fase Yaye, y al que hemos ubicado en un momento inmediatamente posterior. Sigue en popularidad a éste, en ambos cementerios, el grupo ambiguo Loa-Tarapacá. Pero, en relación con el Oriente Bajo, en el Oriente Alto disminuye el grupo Loa-Tarapacá y el componente Tarapacá —quedando representados principalmente por bolsas—, y sube significativamente el componente atacameño. Cabe destacar que, por el contrario, las bolsas del componente Atacama están allí casi ausentes por completo. Esta situación cambia radicalmente en la banda Poniente del Loa en cuyo

cementerio, luego de la ocupación inicial Yaye, se registró el componente Atacama en la versión que encontramos en los sitios Bajo y Alto del Oriente, no observando casi ninguna huella de la presencia de Tarapacá, ni tampoco de aquel grupo textil ambigüo tan frecuente en esos cementerios.

Por último, se observó que el Poniente presenta la más alta representación del componente de Atacama de finales del Período Intermedio Tardío en los cementerios de Quillagua, y al que también registramos, pero en bajísima proporción, en el Oriente. De acuerdo a la presencia de esta versión tardía del componente textil de atacameño —registrado también en el Loa Medio (Dupont-1, Lasana) e Inferior (bolsón intrusivo en CaH-42) y el Noroeste Argentino—, y a tres fechados por termoluminiscencia que van de 1390 DC a 1480 DC, sabemos que este momento es posterior a las otras ocupaciones. Lo anterior, sumado a las evidencias tempranas, nos sugiere que el Poniente fue utilizado únicamente por poblaciones de Atacama, que interaccionan con otras de ese territorio, tanto de la costa como del Noroeste Argentino hasta tiempos tardíos, como lo muestra, además de los elementos aquí descritos, la presencia de gorros tipo fez en sus contextos propios del Horizonte Inca. Si bien las relaciones con el Noroeste Argentino las detectamos a partir del 1390 DC, la interacción con la costa fue registrada ya en la primera ocupación del cementerio, volviéndose a evidenciar en la fase más tardía (Agiüero y Correa, 1997 Ms.). Esta situación viene a confirmar el impacto que produjo la llegada de Tarapacá en la población de Quillagua, interrumpiendo la ocupación de sus hábitos funerarios y de sus movimientos territoriales, los que se restablecerían una vez que las poblaciones de Atacama vuelven a tener el dominio del valle.

Así, tenemos que la máxima ocupación multicultural o multitradicional de Quillagua ocurre durante la primera mitad del Período Intermedio Tardío, cuando se mezclan los diferentes componentes en los sitios Oriente Bajo y Oriente Alto, observándose en el primero las más ajustadas proporciones entre todos ellos, las que se resuelven en el Oriente Alto a favor de Atacama. Allí, el componente Tarapacá parece intentar revertir la situación, manifestándose a través de un aumento de las bolsas en los contextos funerarios. El Poniente, por su parte, no evidencia la situación de esos cementerios, no existiendo jamás allí lo que pareciera ser un tipo de disputa por la representación en el espacio funerario, estando casi ausentes los grupos Loa-Tarapacá y registrándose un

casi nulo componente Tarapacá al igual que en casi cualquier otro cementerio atacameño, por ejemplo, Chiuchiu.

Lo que nos parece destacable de todo esto es que, si bien siempre pueden haber llegado a este oasis grupos de distintas regiones con diferentes afiliaciones culturales, es entre el 1100 DC y 1300 DC cuando Tarapacá logra impactar con tal fuerza este espacio atacameño, generando una materialidad que nos permite sugerir una situación de etnicidad para dicho momento (Hodder, 1979). En efecto, nos parece que la llegada de los tarapaqueños produciría un quiebre en la cotidaneidad histórica de los habitantes de Quillagua, alertando a aquellos que se enterraban en el Poniente y obligándolos a desplegar recursos para mantenerlos lejos de su cementerio y de la aldea La Capilla. Es así, como se movilizaría a los muertos al margen opuesto del río, al cementerio Oriente, enterrándose ahora en el mismo lugar que Tarapacá, haciendo número, expresando una afiliación con el resto de las poblaciones del Desierto de Atacama y, de ese modo, dejando evidencias de estar habitando su territorio. La escasa proporción del componente Tarapacá (7.6%) en relación a un componente Atacama mucho más numeroso (36%) —ambos representados, en este caso, por las camisas—, muestra su fuerza a través de la inclusión en los contextos de un gran número de bolsas de estilo tarapaqueño, marcando su presencia e influencia en el espacio funerario. Sin embargo, también pudimos detectar una segunda estrategia puesta en práctica por los usuarios del Poniente y de la aldea La Capilla, que consistió en una apropiación parcial y momentánea de elementos que son parte del componente textil tarapaqueño, apropiación visible en el grupo Loa-Tarapacá presente tanto en el Oriente Bajo como en el Oriente Alto.

Pero, si la ropa marca diferencias entre los grupos culturales como es sabido que lo hace, en este caso debería marcar diferencias entre Atacama y Tarapacá, sin embargo, es justamente en el Oriente donde notamos además de la variedad en los estilos textiles, una gran mezcla entre ellos que, por lo pautada, llega a conformar un grupo textil caracterizado por la ambigüedad identitaria. En efecto, creemos que esos textiles que pretenden parecer tarapaqueños y se superponen en el cuerpo a prendas netamente de Atacama—y, que al igual que los individuos, camuflan su identidad, la cual se hace evidente en la estructura a través del uso de tramas múltiples—, intentan matizar las diferencias entre ambos grupos culturales de poder desigual, y a través de esa apro-

piación instrumental de elementos tarapaqueños, acercarlos e intentar un vínculo que permita negociar las diferencias y desestructurar los aspectos en que Tarapacá es poderoso y sobre los cuales el grupo atacameño no estaría de acuerdo.

Aunque no sabemos la causa de la intromisión de Tarapacá en Quillagua, ni tampoco las razones por las que se retiró, hemos observado que, en este caso, la presencia de varios estilos textiles y el desdibujamiento de uno de ellos, basado en la apropiación de ciertos elementos visibles del otro, se asocia a relaciones interculturales, y más aún, al encuentro de grupos en los cuales uno tiene más poder que el otro. En este caso, el peligro que representó la presencia de Tarapacá en el Loa Inferior parece haber sido considerable, porque además de causar el abandono momentáneo del cementerio Poniente, motivó el despliegue de una serie de estrategias complementarias que condujeron a Atacama reafirmar su identidad cultural, finalizando este momento conflictivo con éxito, y así volver a enterrarse a su cementerio, al que lograron mantener libre de profanaciones culturales como un espacio reservado al predominio absoluto de su población.

#### **Conclusiones: Secuencia y Estrategias Complementarias en la construcción de la Identidad Cultural**

Como es tradicional en la arqueología del Norte Grande de Chile, se logró crear una secuencia histórico-cultural a partir de los materiales fragmentados, que alguna vez formaron parte de las ofrendas de los cementerios saqueados de Quillagua. Sin duda, el marco de referencia básico lo constituyó la alfarería que, al mismo tiempo, aportó la información necesaria para acercarnos a procesos relacionados con la identidad cultural y proponer hipótesis interpretativas al respecto. Por lo tanto, concluimos que si bien esta zona, que ahora llamamos de frontera, entre los territorios de Atacama y Tarapacá mostraba desde los inicios del Período Intermedio Tardío un dominio prácticamente total del primero, en un momento inmediatamente posterior, se produjo una significativa penetración de las poblaciones tarapaqueñas en este espacio loíno.

Frente a esa situación, como espacio público y altamente simbólico, el ceremonial funerario experimentó los trastornos materialmente más evidentes. En este contexto, la alfarería respondió con un cambio en el tipo de vasijas ofrendadas, sugiriéndonos una intención por reforzar la identidad atacameña al

otro lado del río Loa, de manera que, se optó por intensificar la utilización del cementerio Oriente el cual, si bien siguió los patrones de las poblaciones de Atacama sobre la manera de construir sus sepulturas, mostró una transgresión de los contextos, dentro de los cuales se intensificó la presencia tarapaqueña demostrando de esta manera la fuerza de su penetración. Fue así que, por ejemplo, en los contextos atacameños tan ricos en objetos de madera, éstos fueron remplazados por una enorme cantidad de textiles. Y, si bien la alfarería mantuvo una identidad casi monolítica, caracterizando a uno y otro grupo, fueron los textiles los que permitieron inferir las situaciones derivadas del encuentro. En este sentido, la vestimenta de los individuos se convirtió en el instrumento de diálogo, que admitió y negoció las diferencias, sin la necesidad de la violencia física. Pues ella, simbólicamente introdujo, elementos formales y decorativos del estilo tarapaqueño, sobre un sustrato estructural del estilo de Atacama, mostrando que se abría un espacio visualmente perceptible de la presencia de Tarapacá. Al mismo tiempo, esa presencia fue reforzada introduciendo en los contextos funerarios otro tipo de textiles, las bolsas, que no formaban parte de la tradición mortuoria en Atacama.

Frente a este nuevo ajuste, sus poblaciones respondieron fomentando la sepultación en este sitio, aumentando la producción alfarera usada como ofrenda e impidiendo que el único asentamiento existente se viera profanado por aquella presencia externa.

El proceso que hemos relatado habría tomado por lo menos dos siglos, durante los cuales las poblaciones atacameñas de Quillagua habrían mantenido un constante diálogo con Tarapacá, evitando de esa forma su expansión y siempre con la intención de resolver la situación a su favor, ya que, con el paso del tiempo, esa misma permeabilidad que habrían expresado los textiles, se va reduciendo haciéndose cada vez más explícitos sus atributos atacameños, distinguiéndose ahora no sólo en la ropa, sino también en la integración parcial de las bolsas dentro de un estilo atacameño, dando origen en ellas a un patrón Loa-Tarapacá. Este proceso habría ido a la par con un constante cambio en la ubicación de las sepulturas en el cementerio Oriente. Esto último nos sugirió que, la penetración tarapaqueña había sido convertida o transformada por Atacama en una situación de complementariedad y no de conflicto, la que continúa en el tiempo hasta que es demostrada en un nuevo y último traslado, esta vez de regreso al cementerio Poniente. Aquí, las camisas ya no se constituyen en el espacio de las conversaciones, pues



ya no necesitan dialogar, mientras que las bolsas reducen su función a la que los atacameños le dan, es decir, útiles para el intercambio. Esta situación se complementa con el hecho de que la alfarería de Atacama no necesita reforzarse con otras piezas, sino que vuelve a comportarse en este mismo cementerio según el patrón inicial, es decir, vuelven a dominar sus características escudillas.

Sin duda, como dijimos anteriormente, todas estas estrategias fueron usadas y manejadas por las poblaciones de este territorio para obtener una ventaja, y es así que nos parece ver que a través de ellas, Atacama ganaría finalmente una mayor movilidad hacia el territorio tarapaqueño, pues en uno de los sitios más importantes del Intermedio Tardío de éste, cual es Pica-8, el contexto funerario formado por sus escudillas es el que parece predominar en un momento posterior (Uribe, 1996).

En suma, reconocemos que ambos grupos culturales practicaron paralelamente actos de identidad y de poder, de los cuales el ejercicio llevado a cabo por Atacama resultó ser el más efectivo, practicado dentro de un marco ideológico originalmente andino que implicó transitar de la contrariedad a la igualdad pero, con un ente que controla dicha igualdad, pues si bien Tarapacá puso todo su empeño en este proceso, incluso apoyándose en otras tradiciones culturales como aquella de los Valles Occidentales representada por Arica, y Atacama hizo lo propio probablemente apoyándose en elementos altiplánicos, el manejo y apropiación de éstos últimos le habría dado las herramientas para lograr el éxito. Lo anterior queda finalmente demostrado otra vez por los textiles, al introducir Atacama dentro de su patrón cultu-

ral elementos de las tierras altas que tienen su origen en el Noroeste Argentino, situación que se reproduce hasta la conquista de todo este espacio por parte del Tawantinsuyu. Así, pareciera que el mismo Imperio Inca reconoce el poder y la autonomía de Atacama manteniéndolo con una relativa independencia para que domine a su favor, siendo por ello, la alfarería atacameña, y no otra, la que finalmente integra los atributos cuzqueños.

### **Agradecimientos**

Una serie de personas e instituciones comprometen la gratitud de los autores. En primer lugar, se encuentran todos los que hicieron posible el buen desarrollo de esta investigación en las labores de terreno y laboratorio: Carlos Carrasco, Lino Contreras, Jacqueline Correa, Carolina Odone, Omar Reyes, Joyce Strange y, especialmente, Claudio Castellón. También agradecemos a aquellas instituciones que nos permitieron revisar sus colecciones, entre las que se cuentan el Museo San Miguel de Azapa de la Universidad de Tarapacá, el Museo Regional de Iquique, el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Antofagasta, la Corporación Cultural Parque El Loa de la Ilustre Municipalidad de Calama, el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige de la Universidad Católica del Norte, la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, el Museo Arqueológico de Santiago de la Corporación Cultural Mulato Gil de Castro y el Museo Etnográfico Ambrosetti de la Universidad de Buenos Aires.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGÜERO, C. 1996 Ms. Textiles del valle de Azapa, Colección Manuel Blanco Encalada (M.N.H.N.). Informe primer Año Proyecto FONDECYT 1930202, Santiago.
- 1997 Una versión sobre el encuentro de Atacama y Tarapacá en el Loa Inferior, a partir de los textiles de los cemente-rios de Quillagua (PII). **Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología** 24: 20-22, Santiago.
- 1998 Estilos textiles de Atacama y Tarapacá presentes en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. **Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil** 3: 103-128, Santiago.
- AGÜERO, C. y J. CORREA 1997 Informe Final Proyecto FONDECYT 1950071, Santiago. Ms.
- ALDUNATE, C. 1993 Arqueología del Pucara de Turi. **Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena**, tomo II, pp.: 61-78, Temuco.
- ALDUNATE, C. y V. CASTRO, 1981 **Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior: Período Tardío**, Ediciones Kultrún, Santiago.
- AYALA, P. y M. URIBE, 1996 Caracterización de dos tipos cerámicos ya definidos: Charcollo y Chiza Modelado. **Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología** 22: 24-28, Santiago.
- BARÓN, A. M. 1979 **Excavación de un cementerio: sus potencialidades**. Tesis para optar a la Licenciatura en Prehistoria y Arqueología, Depto. de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, Universidad de Chile, Santiago.
- BERENQUER, J.; A. DEZA, A. ROMÁN y A. LLAGOSTERA, 1986 La secuencia de Miriam Tarragó para San Pedro de Atacama: un test por termoluminiscencia. **Revista Chilena de Antropología** 5. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, Santiago.
- BOMAN, E. 1908 **Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d' Atacama**. Imprimerie Nationale, Paris.
- CASES, B. 1997 Bolsas de Quillagua. Trabajo presentado en el XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Copiapó.
- CERECEDA, V. 1990 A partir de los colores de un pájaro. **Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino** 4:57-104, Santiago.
- CERVELLINO, M. y F. TÉLLEZ, 1980 Emergencia y desarrollo de una aldea prehispánica de Quillagua, Antofagasta. **Contribución Arqueológica** 1 (Copayapu), DIBAM, Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- ESPOUEYS, O.; M. URIBE, A. ROMÁN Y A. DEZA, 1996 Ms. Nuevos fechados por TL de cerámica funeraria para el Intermedio Tardío del valle de Azapa, y una proposición cronológica. Informe final del Proyecto FONDECYT 1930202.
- FEMENÍAS, B. 1995 Ms. Ethnic artists and the appropriation of fashion: embroidery and identity in the ColcaValley, Peru. Trabajo presentado en el Fourth Biennial Symposium, Contact Crossover and Continuity, Toronto: TSA.
- GALLARDO, F., L. CORNEJO, R. SÁNCHEZ, B. CASES, A. ROMÁN y A. DEZA, 1993 Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile. **Gaceta Arqueológica Andina**, vol. VII, 3: 125-138, INDEA, Lima.
- HODDER, I. 1979 Economic and social stress and material culture patterning. **American Antiquity**, vol. 44, 3: 446-454.
- LATCHAM, R. 1933 Notas preliminares de un viaje arqueológico a la localidad de Quillagua. **Revista Chilena de Historia y Geografía** XXXVIII, pp.: 130-138, Santiago.
- 1938 **Arqueología de la Región Atacameña**. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- LE PAIGE, G. 1957-58 Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena. Época neolítica. **Anales de la Universidad Católica de Valparaíso** 4-5: 15-143.
- 1964 Los cementerios de la época agroalfarrera en San Pedro de Atacama. **Anales de la Universidad del Norte** 3: 49-93, Antofagasta.
- MICHEL, C. T. 1994 Textilería de la Cultura Calingasta. **Publicaciones** 21: 9-35, Inst. de Invest. y Museo, Fac. de Filosofía Humanidades y Arte, Univ. Nacional de San Juan.
- MOSTNY, G. 1956 Una tumba de Chiuchiu. **Boletín del Museo Nacional de Historia Natural**, tomo XXVI, pp. 1-55, Santiago.

- MORAGAS, C. 1995. Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral Iquique-desembocadura río Loa. **Actas de XIII Congreso Nacional de Arqueología de Chile**, vol. 1, pp. 65-80, Antofagasta 1994.
- MURRA, J. 1975. **Formaciones económicas y políticas en el mundo andino**. Lima: IEP.
- NÚÑEZ, L. 1965. Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. **Estudios Arqueológicos 1**, Antofagasta.
1968. Sub-área Loa-costa chilena desde Copiapó a Pisagua. **Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas**, vol.2, pp. 145-182, Argentina.
1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa, norte de Chile. **Boletín de la Universidad de Chile**, año XII, tomo II, 112: 3-25, Santiago.
1984. **Tráfico de complementariedad de recursos entre tierras altas y el Pacífico en el área Centro Sur Andina**. Tesis Doctoral, Depto. de Antropología Cultural, Universidad de Tokio, Japón.
- OAKLAND, A. 1992. Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, north Chile. **Latin American Antiquity**, vol.3, Nº 4.
- ODONE, C. 1993 Ms. El tejido de las estrategias de distribución y circulación espacial en Tarapacá: un registro colonial. Informe Proyecto FONDECYT 1940074.
- ORELLANA, M. 1968. La Cultura San Pedro. **Arqueología Chilena**, Nº3, Universidad de Chile, Santiago.
- PLATT, T. 1987. Entre Ch'axwa y Muxsa. Para una Historia del Pensamiento Político Aymara. **Tres Reflexiones sobre el Pensamiento Andino**. T. Bouysse-Cassagne, O. Harris, T. Platt y V. Cereceda. Biblioteca Andina 1, Hisbol, La Paz, Bolivia.
- PYSZCZYK, H. 1987. Ethnic persistence and identity: the material culture of ukrainian Albertans. **Ethnicity and Culture**. R. Auger, M. Glass, S. MacEachern y P. McCartney (eds.), pp.: 303 - 308. Proceedings of the Eighteenth Annual Conference CHACMOOL. Canada: The Archaeological Association of the University of Calgary.
- ROLANDI DE PERROT, D. 1973. Los textiles tasteños. **TASTIL. Una ciudad preincaica argentina**. E. Cigliano (ed.), pp.: 231-400. Buenos Aires: Ediciones Cabargón, URIBÉ, M. y P. AYALA, 1979. Los tejidos de río Doncellas, Depto. Cochinocha, Provincia de Jujuy. **Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino**, pp.: 22-72, Facultad de Historia y Letras, Universidad del Salvador, Buenos Aires
- SÁNCHEZ-PARGA. 1986. **La Trama del Poder en la Comunidad Andina**. Centro Andino de Acción Popular, CAAP, Quito, Ecuador.
- SCHLAPACASSE, V.; V. CASTRO y H. NIEMAYER. 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000-1400 DC). **Culturas de Chile. Prehistoria**. J. Hidalgo et al. (eds.), pp.: 130-181. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SPAHNI, J.C. 1963. Tombes inédites du cimetière atacaménien de Chiu-Chiu (Chili). **Bulletin Société Suisse des Americanistes**, 26: 2-12. Musée et Institut d' Ethnographie, Genève.
- 1964a. Fouilles archéologiques dans deux cimetières indigènes de Turi, désert d'Atacama (Chili). **Bulletin Société Suisse des Americanistes**, 27:2-23. Musée et Institut d' Ethnographie, Genève.
- 1964b. Le cimetière atacaménien du Pucará de Lasana, vallée du Río Loa (Chili). **Journal de la Société des Americanistes**, 53. Paris.
1967. Recherches archéologiques a l'embouchure du rio Loa (côte du Pacifique-Chili). **Journal de la Société des Americanistes**, tome LVI, 1: 182-239, Paris.
- TARRAGÓ, M. 1989. **Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí**. Tesis para optar al Título de Doctor en Historia. Especialidad Antropología tomo I y II. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario.
- URIBÉ, M. 1995. Cerámica arqueológica de Arica (Extremo Norte de Chile); primera etapa de una reevaluación tipológica. **Actas de XIII Congreso Nacional de Arqueología de Chile**, Antofagasta 1994.
1996. **Religión y poder en los Andes del Loa: una reflexión desde la alfarería (Período Intermedio Tardío)**. Memoria para optar al Título de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

- URIBE, M. Y P. AYALA. La construcción de la identidad en el espacio mortuario: el ejercicio del poder en Atacama a través de la alfarería del oasis de Quillagua (Período Intermedio Tardío). Informe Proyecto FONDECYT 1950071. 1997 Ms.
- VARELA, V.; M. URIBE y ADAN. La cerámica arqueológica del sitio Pukara de Turi: 02TU001. **Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena**, tomo II, pp.: 107-122. Museo Regional de la Araucanía. Temuco. 1993
- ZLATAR, V. **Cementerio prehispánico Pica - 8**. Antofagasta: Universidad de Antofagasta. 1984